

**BARULA**

OBRAS DEL AUTOR

en prensa:

El Mundo, Yo y un Smoking.  
(12 cuentos de humor)

PROXIMAMENTE:

Cuentos para no Contar...

Tú—Tomboctou—Prosas.

CARLOS VATTIER BAÑADOS

# BARULA

(NOVELA)



4091

SANTIAGO  
Imp. «Vera»  
1930



**A Mariano Latorre,  
Domingo Melfi, Euge-  
nio Orrego Vicuña, y  
al buen amigo Hans  
H. Kelter, con todo  
afecto.**



Toute oeuvre qui peut  
tenir entière une défini-  
tion, est une oeuvre mor-  
te'

ROMAIN ROLLAND

## NI SIQUIERA UN PRÓLOGO...

...son unas pocas palabras, cuya lectura no es para el buen entendedor de libros.

Tenga la amabilidad, el lector o la lectora, de fijarse bien, siquiera en la portada.

Estamos. Dice *Barula*, más abajo. (Novela) ¡Novela! (Me parece oírlos). Ojalá que

su autor hubiese tenido la buena ocurrencia, de *ponerle* una trama entretenida.

*Ponerle* una trama, algo así como meter a sus personajes, que tienen todo de la vida y mucho del sueño, en una camisa de fuerza...

Pero no desesperen ustedes...

Es una monografía de cada uno y cada uno es una trama...

Yo he querido que vivan y si lo he logrado, algo tiene que suceder...

No es más.



## BARULA

...Renaud contempla a aquellos "foeshers", aquellos azules, con la indulgencia de un hermano mayor. Tiene 8 años más que ellos, lo que hoy corresponde a 30 años de antes.

...Es ya otra línea de asalto que la suya...

PAUL MORAND.

El día, vencido de sol, respiraba al fin en esa tarde de primavera. Barula, lacio y despeinado, venía arrastrando el sombrero contra el parapeto del río. El agua gris y pesada, sonaba atolondrándose. Vadeando la perspectiva de los puentes, traía los ojos

prendidos a esa torre como hecha de espigas dorsales, de los Carmelitas Descalzos. Un señor corría detrás, llamándolo. Lo alcanzó frente al Palacio de Bellas Artes.

—No me oía nunca. ¿Es suyo este libro?

—Mío, gracias.

Al reanudar la marcha, volvió Barula a recordar que era él, víctima de Kant toda la tarde, quien debía seguir estudiando.

Atravesó la avenida. Sentado en un banco, repetía mentalmente: *la Crítica de la Razon Pura* ..., y de súbito: *Quand même lleva cambio de tiempo de... Refracción es un fenómeno*. Corrióse a la derecha y el banco estaba caliente. Se puso a meditar: Entonces eran dos los que estaban a mi lado. ¡Por Dios, que gente tan estufa! Verdaderamente, en invierno, tiene sus ventajas esto de que haya bastantes parejas de enamorados, pero en primavera...

Se hundió de nuevo en esa ciencia con

tapas verdes que enarcaba su libro. Algo inaprehensible, impreciso primero, iba surgiéndole del subconsciente, hasta que le dispersó la atención. Ya no leía, ni pensaba tampoco. Se le enredaban en los oídos, voces de niños, runruneos de conversaciones, risas de mujeres...

El trompo de una niña con traje blanco, sonaba taladrando la tierra recién regada. Hizo tres tumbos y cayó... Barula lo había mirado y oído todo el tiempo.

Pasaban los minutos.

.....  
El ejemplo del músico que da Ribot es... ¡Ah, era un trompo!

Una chinita (nunca se sabe de donde caen las chinitas) comenzó a aprender filosofía en la página de Descartes. Barula se la echó a andar en la mano, para ver como le contaba los dedos. Después, movido de crueldad, buscaba un alfiler en la solapa para ensartarla. Era algo miope y al

acercar la vista para descubrirlo, advirtió un perfume desvanecido... Y el parque, el libro, el trompo y la chinita, desaparecieron... Enterró la nariz en el género y del olor surgían tan claros, dos ojos brillosos y el ángulo de un diván tapizado en terciopelo.

Picores de intranquilidad empezaron a recorrerle las venas. Le latía el corazón acelerado. Alzó la cabeza y con los ojos entreabiertos, reconstruyó enteras, aquellas escenas de la noche pasada.

Desfilaban muchachas con trajes de primavera muy ceñidos, los brazos enteramente desnudos. Con miradas tenaces, las acariciaba a la distancia.

Era su manera visual de apagar el deseo alerta.

La penumbra iba desovillandose lentamente. Los árboles cargados de tierra, tenían un temblor leve. Alargando sus hileras cuadradas de cuadradas, parecían angostarse como un embudo.

Frente a la Estatua del Niño Taimado, una pareja de enamorados, hacía esfuerzos inverosímiles por ahorrar la alcoba.

Quiso dar el último repaso, mas ya no distinguía las letras. Se levantó.

No *sabía* para donde cortar, hubiera querido conversar con cualquiera, accionar...

La constante y maravillosa perspectiva de la cordillera, se debilitaba tras el vaho crepuscular, pero sus neveras rosadas, todavía tijereteaban el cielo.

Empezó a caminar. Andando había concebido sus poemas adolescentes. Cuando sentía dentro, ese algo indefinible, una emoción inicial, necesitaba moverse. Si hubiera sido cojo, se habría revuelto como un pájaro moribundo.

En esa tarde de fines de Noviembre, con los nervios laxos por el temor del exámen próximo, abrumado con el día afiebrador y esa sensación de la noche de ayer, que si

creyó que lo repletaba de un goce definitivo, continuaba en la evocación, lo perseguía en el recuerdo, como impulsándolo a volver y beber esas últimas gotas dulces, que se le escaparon.

Se tornaba meditador "Esta tiene que ser, debe ser la razón única de la felicidad de los hombres. Sin eso no valdría la pena vivir". Después retrocedía en un pequeño remordimiento. "La única, no, pensar también... Se completa... El amor puede dignificarla..." Pero la tersura de una piel femenina, le era casi tangible en la memoria. (Si nó reflexionó mejor, fué porque estaba rendido...)

Una sonrisa de triunfo, estereotipaba esa satisfacción joven, por el logro de todo lo que costosamente, construía y adelantaba su imaginación, cuando en las noches desveladas de ansia, se desesperaba...

En la cumbre del San Cristóbal, disuelto

entre las tinieblas, la Virgen iluminada, como aparecida en el espacio... Con los infatigables brazos abiertos, mirando las calles simétricas y su garúa de faroles.

Del Dancing llegaban asordados los ladridos de un jazz. Se divisaba el pestañeo multicolor de las bombillas eléctricas, engarzadas sobre los kioskos.

Los silencios interminentes, eran horadados por el cláxon de un automóvil, verdadero obús de sonido.

Desde el eclipse de la estatua de los franceses, comenzaba el engranaje de muchachas y muchachos paseando. Eran trenzas, racimos joviales, en un ir y venir lento, tan lento, que mirado desde una altura, parece detenido y como palpitando...

Al enfrentar el puente, se encontró con un compañero de colegio.

—¡Holalá Barulita!

—¿Qué hubo Ignacio?

—Aquí estamos. ¿Has estudiado mucho?

—Algo. Me distraigo a cada rato, ¿sabes?

—Pero habrás pasado la materia, por lo menos.

—La mitad.

Continuaron por la avenida junto a la terraza.

Barula hubiera querido desahogarse contando su amor. Comunicarlo tan viva, maliciosa y detalladamente, hasta hacerse envidiar. Pero no tenía confianza con Ignacio. Creyó que lo hallaría un monstruo, por haber cometido tales estupideces en víspera de exámenes.

—¿No sabes Barula, no te han contado?...

—¿Qué?

Dicen que el papá de no sé quien, fué a reclamarle al Padre Ministro, porque no le habían otorgado a su hijo, el premio de química. Iba en compañía de la señora, pe-



ro parece que como ella le daba la razón a Fray Bola, se fueron de palabras, tanto, que el papá, y debe ser una fiera, la amenazó de pegarle en la misma oficina. Ella se desmayó y tuvieron que sacarla en peso. El viejo salió vomitando sapos... ¿Quién será?

—¿No sabes tu? Han guardado la mayor reserva; el Ministro le ha tapado la boca al portero. Lucho nos cuenta todo, pero ahora se ha puesto como tumba, el muy imbécil.

Barula se detuvo bruscamente. Estaba lívido.

—¿No has sabido nada?

—Nada.

—Yo he sacado algo en limpio, sin embargo. El chiquillo tiene que ser uno de los que tomaron parte en el drama de la Repartición. El secretario que vió todo y fué quien lo contó sin nombrar persona, dice que el viejo gritaba: ¡Además, so fraile es-

túpido, haber puesto en ridículo a mi hijo, con ese traje de cautivo moro, roto y lleno de microbes!

La contracción del rostro de Barula, indicaba un sufrimiento horrible.

Habló con la voz temblona.

—Me da pena, Ignacio, pobre señora...

—Debe ser una mártir. ¡Pero a quien se le ocurre ir a formar discusión en el mismo colegio!

—También...

Ignacio se largó a silbar con los dedos en la boca. Había divisado un grupo del sexto año. Los muchachos se volvieron. Cada uno quiso relatar el escándalo y ya había diez versiones distintas. Barula, con un prestigio de primer actor, estaba en el centro, rodeado por los compañeros. Lo llamaban Barula, porque todavía en las preparatorias, hizo el papel principal con ese nombre, en uno de aquellos dramas

pavorosos y kilométricos, que para poder tragarlos, hay que ser padre de familia...

Lo inquirían.

Entre ellos había uno extraordinario; le decían Perucho y no sabía más que sonreír, sonreír constantemente. Era esbelto y lampiño, con su cuerpo grácil, dislocaba a las niñas de las monjas francesas. Espolvoreaba las palabras de sonrisa.

—¡Has visto, Barula, parecen beatas!...

El "Palote", un flaco muy bueno para el álgebra, le gritó:

—¡Cállate, filarmónico!

Perucho siguió sonriendo; no sabía más, para lo bueno y lo malo.

Continuaron caminando juntos hasta la Fuente Alemana, donde se dispersaron. Barula mudo, siguió al lado de Perucho.

Una esquila muy clara dió las nueve. Los sonidos blancos, llenaron la calma primaveral. Parecían salir de un campanario sus-

pendido e invisible. Por el cerro subían gateando las luces del funicular. Frente a la terraza, quedaban aún apostados varios automóviles y pegadas a la reja que la deslinda del paseo, un sinnúmero de caras contemplando el baile, la ruleta y los caballitos. Caras de roto, cetrinas o quemadas, de roto harapiento o arreglado, siempre de roto.

Barula no pronunciaba sílaba y Perucho aprovechando el silencio, peroraba por los codos. Hablaba de si mismo. Sentía una especie de lascivia al hacerlo. Escribía versos muy regulares y se los dedicaba así: "A Pedro Marner, con cariño y reconocimiento".

En la avenida ya empezaba a formarse la nocturna y rigurosa aglomeración de burgueses, sirvientes y afeminados.

Perucho exclamó de súbito:

—Adios. Me olvidaba. Tengo que estar en el teatro Santiago a las nueve y cuarto

en punto. Hoy hay fiesta con bataclanas.

—¿Y no vas a comer?

No tuvo respuesta. Perucho corriendo, había desaparecido en la oscuridad del parque.

Barula agradeció el convite de las bataclanas, como si se lo hubiesen hecho a él. Sentía tanto deseo de quedar solo. Nada lo apuraba. En casa comían casi dadas las diez. Podría seguir vagando.

La naturaleza latía de perfumes. En la atmósfera, hasta en el cielo, parecía haber un detenimiento.

Sufría.

Mamita Blanca le ocultó el escándalo del colegio, pero su padre, dispuesto siempre a decir solo lo desagradable, ya se lo había gritado, abriendo las narices.

Le era torturante el temor de que llegarán a saberlo sus compañeros. Se hubiese-

incado ante todos los que lo presenciaron, implorándoles el silencio.

Caminaba de prisa, rehacía lo andado sin darse cuenta. Metido en si mismo, le iba desapareciendo poco a poco el mundo exterior.

Después de cada incidente fuerte, veía más clara y ampliada su situación. Le dolía el tener que tornarse un juez mudo de los mayores, pero el espíritu despierto de su precocidad, era una herida constante, donde su padre hundía los dedos sin piedad. Meditaba en lo irremediable de su espíritu crecido, coartado en un derecho mínimo. Y debía callar, por él, por su educación, por la madre cargada de sufrimientos.

A menudo se la imaginaba casi irreal, como deshecha a fuerza de llorar. Mas velando siempre, con la palabra de comprensión, con el alma a flor de labio. Mamita Blanca significaba para él, todo lo luminoso, todo lo suave. Desde la distancia del corto panorama

de su vida, la veía venir clara como una santa, pero muy humana a la vez. Como esa Santa Filomena que le sonreía en la cabecera de la cama...

La figura de su madre, se asociaba siempre al recuerdo de una enfermedad, más fija entónces, menos evanescente... Donde Barula estuviera al recordar, sentía necesidad de besar esas manos cordiales, de escuchar sus palabras con prestigio de bálsamo, de volver donde mamita Blanca...

Desvelado en las noches de fiebre, tenía miedo de morir y se aferraba a su regazo, como si ella estuviese plantada firme, frente al abismo, al infinito...

Cuando encontraba olvidados un pañuelo o cualquier prenda suya, impregnados de su olor, absorbiendo se enternecía... La buscaba a veces por el olfato, como un perro.

Ella lo había guiado en los primeros pasos del arte y con un gusto ingénito para

la elección de los escritores o artistas, censuraba o estimulaba las tendencias de su espiritualidad. La experiencia y la perspectiva de los valores éticos y estéticos, que le iba dando cada año de cultura, lo movían a apreciar en toda su amplitud, el refinamiento instintivo de su madre. Quizá fuera aquella la razón fuerte de su veneración. El más que nada, era un artista sensible...

Y la diferencia abismática entre ella y el padre, era lo que volvía casi enfermizo su amor filial.

Don Rafael, gordo el cuerpo, gorda el alma, miraba la vida tras una cacerola o una faltriquera, y así, todo problema que no tuviese un dejo a estofado y toda especulación mental que no entrara en el tattersall, no le merecían interés,

Pero no obstante, fingía preocuparse por algunos asuntos de tejas arriba, y era entonces cuando entremezclaba en las charlas



de sobremesa, a Napoleón o Foch, con Pedro Urdemales y Nuñez de Arce. Mas nunca su enternecimiento fué mayor, que con un buen plato de lentejas. Pontificaba y obligaba a los demás, a hablar siempre con exactitud...

Era bilioso, sabía buenas maneras, pero las reservaba para la calle o los amigos convenientes.

Convencido de que el hogar es una carreta cargada de "productos" y él, el pobre y único buey de arreo, pateaba y ramoneaba a su antojo.

Su actitud frente a la vida, no era más que una prolongación de instintos, amaba, odiaba, como engullía.

Barula experimentaba claramente bajo la imposición del respeto, la sensación de la crítica, rayana a menudo en una sátira cruenta, y no se atrevía a retener este sentimiento, en el desprecio.

—¡Señor, señor!

Un golpe en el hombro, como un zarpa-  
zo, lo hizo detenerse bruscamente. Un auto-  
móvil pasaba rozándolo. Corrió despavorido  
hasta ganar la acera de en frente. En el  
cruce de las calles, el policía, con su clási-  
ca insolencia, le hizo un gesto obsceno:

—¡Boquiabierto!

Barula alcanzó a percibirlo, y murmuró:  
Indio manumitido...

De la torre de San Francisco, rodó una  
campanada. Las nueve y media. En los  
puestos de la alameda, aún quedaban algu-  
nas floristas cubriendo los ramos. Casi in-  
conscientemente, se detuvo delante de una  
vidriera. Del interior de la tienda, salía una  
bocanada, mezcla de chocolate y kake tos-  
tado. Había potes de manjar y tortas, tortas  
enormes, rociadas de perlititas plateadas y  
dibujos en colores. Rascacielos de crema y  
bizcocho, iluminados por dentro. Cuando

Barula miraba en alguna oleografía, un edificio rococó, le daban ganas de comérselo, como esas tortas de Ramis Clarc.

El tráfico sonaba y crecía incesante. A lo largo de la vereda, rutilaban los avisos luminosos. Voces, grupos. El bullicio intolerable de los tranvías. Las mismas caras, que de tan conocidas, semejan otras, como la lluvia o el sol, siempre iguales, pareciendo distintos... Mujeres vivaces, hombres con andar obstinado de perros, gentes apuradas, de esas que siempre, a toda hora, van a algún sitio. Olor a bencina, a esencias, a movimiento. Barula se confundió de nuevo, en medio de aquella multitud indiferente.

“Romper el hielo es ayudar a la primavera”—recordaba y, el tono de la frase le llenaba la memoria—¿Dónde?—¡Ah Leonidas Andreiev...! Es hermosa, sí... Primavera Primavera...—repetía respirando profundamente. Esta palabra tenía para él, en sí, por

el sólo sonido, una sugestión de color y visión (No era la evocación vulgar, lo había experimentado en el invierno). El sólo nombre primavera, parecíale encerrar toda una estación tibia. Y algo más, indefinible...

La proximidad de su casa, lo obligó a volver en las cavilaciones que había olvidado en esos minutos de dispersión.

Un sentimiento repulsivo, prejuicioso y cobarde, pugnada por invadirle el corazón. Luchaba vanamente. Llegó a hablar sólo:

“No es culpa mía, yo sé que no tengo mala índole. Me han obligado...”

Recordaba las reflexiones atrevidas de André Gide sobre la familia y porfiaba la idiosincracia, la naturaleza que había formado en su espíritu, el catolicismo y la moral viva de su madre, rechazando las ideas del maestro, como quien extirpa un pensamiento libidinoso. Pero hacía la comparación del ambiente que se había creado él,

con sus ideas y espíritu fino, el de fuera, el de sus amigos; veía a su padre, grosero, holgachón, convertido en el verdugo de su madre, y asentía, miedoso, débilmente.

“Quizá si yo fuera enteramente feliz en mi casa—se decía—Gide no tendría razón... porque sobre la paz del júbilo que reinaría a mi alrededor, los ímpetus de mi sensibilidad y mi alma distinta, serían avasalladores. Hasta esa red de realidades y actos cotidianos, se deshilaría, por la felicidad, contra todo.

Pero se acordaba del enjambre de parientes, que por desgracia, a veces tienen lengua, opinión, hasta lógica, y que medran en la casa como abejas... Entonces, adaptaba los argumentos de Gide para la plaga de los parientes...

Soy hijo—musitaba—igual que todos los hijos, pero lamentablemente sensible.

Un encogimiento del corazón, era el exámen.

—Adiós, Barula.

—Volvió la cabeza y maquinalmente se descubrió. Al reparar que no mostraba intención de juntarse, la muchacha apresuró el paso hasta doblar én la esquina.

—¡Qué diablos!—exclamó, atormentado como el niño Dédalus—¡Las mujeres salen como las callampas...!

Y las amo, las busco y las descubro.

Hoy deseo una (nunca como la he soñado) y no aparece. Mañana amanezco tan metido dentro de mí, que ando a tropezones, y es entónces cuando en todas las bocacalles, surgen diez bonitas y diez feas, para que las acompañe a casa por el camino más largo...

Contradicciones, contrastes, incidencias íntimas, ¡qué buenos antídotos para la paz del tedio!

Vió la hora y se puso a trotar. Pasaba frente al colegio, se detuvo. El portero to-

maba aire asomado en la ventana de su cuarto. ¡Estaba vendido en manos de aquel sirviente! Junto al viejo portón, brillaba el timbre de bronce. Pensó:

Hace algunos años yo tenía que empinarme para alcanzarlo, y era feliz...

## LA CASA

Barula tenía en la cabeza, un mapa de su casa. La dividía perfectamente en zonas. Era muy grande, construida con esa generosidad colonial. Había crecido en ella y guardaba con cualquiera de sus rincones, como una hermandad confidencial.

Cada mes sufría una nueva decepción, al considerar que sus cuartos, patios y corredores, iban perdiendo esa grandeza e imponencia, que lo aplastaban a los siete años. Como si se achicara...

Pero al mismo tiempo, le llamaban la atención muchas de sus particularidades. Cierta vez miró el techo de una sala, y pudo cerciorarse que era la primera vez que lo hacía... Algunos amigos le hablaban de su fachada elegante, de tal o cual detalle, y él



se entusiasmaba, como si la viera por primera vez...

En verdad, de tan familiar, de tan sabida, no la conocía.

Cuánto más interesante y misteriosa le fué cuando pequeño. Encerraba el mundo entero, mar, bosques, ciudades y la descubría diariamente. Desaparecía su habitual serenidad de caserón antiguo, la disposición de sus luces y las sombras, según la voluntad convencida de su imaginación infantil.

Recordaba las sensaciones diferentes que le producían hasta los muebles, los cajones de la cómoda de Mamita Blanca, el miraje atrayente y atemorizador del techo de los roperos. Creía por ejemplo, que en el de su padre, dormía Patas Verdes.

Los retratos, los objetos conservados por su madre desde soltera, cada cuál con una historia, ya de grande no le parecían con tanto prestigio. Cuando niño no sabía ni

quienes eran los personajes retratados, y si oía como los evocaban, instándolo a seguir su ejemplo, se ponía sordo, porque los encontraba feos y ridículos...

(Aprendiendo la historia de los héroes, es como caen los héroes).

Las zonas en que dividía la casa, correspondían al ambiente que contribuye a formar, la dimanación personal. Casi un ala entera, era el reino de Mamita Blanca. Pensaba que si ella muriese, tendrían que demoler, para arrancarla del más nimio de los detalles. La zona de don Rafael, donde entraban el escritorio y otras dependencias, semejaban la sucursal de una oficina de comercio o un emporio. Tenía un olor añejo a tabaco y almizcle. Ni siquiera un recuerdo la unía a las estancias del pasado. Se le antojaba cambiante, distinta cada día, invadida de facturas y muestras. Con los últimos adelantos del confort, nada de íntimo, nada privado. El escritorio, donde se

refugiaba para leer por su buena luz, lo acogía con el desdén de los mecánicos por el poeta. Huía Barula desengañado. Era un escritorio y nadie "escribía", nadie nunca se abandonó allí, a la calma maravillante de la lectura...

"Que nuestros libros estén bien empastados y que digan cosas de amor", decía el Shakespeare de los primeros años. Ese Barula mozo, se desalentaba, porque no tenía dinero para comprar los más hermosos, que hablaran de la vida...

Infructuosas terminaban todas sus búsquedas en los estantes de papá Rafael. Sobre el lomo destrozado de sus tomos, se anunciaban métodos para teñir, folletos comerciales, anales agrícolas, cifras y guarismos.

Ya iba perdiendo la costumbre de los juegos, y debía hacer esfuerzos para reintegrarse en el entusiasmo jocundo de sus

compañeros. Desde hacía dos años, robaba a los sports las horas más gratas, leyendo en la Biblioteca. ¡Pero que dilecto era aquello! Le parecía hallarse en un mundo insensible, deshumanizado. No encontraba placer mayor, que paladear ese silencio sobrenatural. Si los lectores ya no parecían hombres, era como si los dioses se hubiesen callado...

Volver del ensimismamiento en un intervalo de descanso, y notar que las personas de la sala son otras distintas. Mirar en la silla del vecino que ya se ha ido, un re-tazo de sol, agitándose desorientado... Observar como las letras de los libros, que se acaban de pedir, tienen algo de sirena, que va captando lentamente hasta el ademán de los nuevos lectores. En unos cuantos minutos, aparecen casi ingrátidos.

Sus compañeros le decían, que los encierros en medio de aquel aire viciado, eran

noscivos hasta para la salud más fuerte. Barula les contestaba:

—¡No saben palabra! ¿Creen ustedes por ventura, que Dios no se ha preocupado del mundo de los libros? ¡Vaya si nó! Tiene mares que se ven hasta el fondo, aire, follajes, amigos simpáticos, luchas, amores, y unos solarios tanto mas quemadores, que los de las piscinas...

Y sin embargo, Barula ya iba adquiriendo esa palidez del niño viejo.

También, muy a menudo, le dolía leer. Le era terrible tener que afincar su imaginación en el concepto ajeno, para no perder el sentido; de continuo se veía obligado a retroceder las páginas...

Los corredores y el primer patio con el loro y las aspiritas, eran las zonas neutra-

les de la casa. Un sembrado de rosas, mamita Blanca. El loro, un embajador fantoche de don Rafael. La mecedora blanda de cojines, con una revista francesa picante, olvidada, primo Miguel. Barula no tenía más que su cuarto.

Primo Miguel.

Hijo de un hermano de su padre, era huérfano. Tenía un puesto de contador en la oficina de don Rafael, el cual le recortaba del salario, lo que gastaba hospedándolo en la casa. Se roció de amanecida y tenía los ojos turbios de sensualidad. Barula lo detestó, desde un día en que le pidió interceder para que mamita Blanca le prestara unos ahorros, y con ellos curarse una enfermedad que le roía como un gusano. Una enfermedad, de la cual según el profesor de biología e higiene, no se debía dar lecciones en clase, para no soliviantar el ánimo recatado de los niños, tornar deletéreas

las disertaciones sobre el cuerpo humano, magnánima creación del Eterno, pero sí, estudiar a solas, y tomar miedo por ella, al "maligno" en figura de mujer.

Primo Miguel, poseía aún otras virtudes: era prodigiosa su ingeniosidad para inventar chascarros obscenos e imaginarse Mimí Bluetes de pounds cream, como las de Guido da Verona.

Y la casa de Barula, no tiene en si otra cosa de interesante.

## EL WESTMINSTER.

En realidad, el Westminster es un reloj burocrático, más bien rastá. Nunca falta en el hall o el comedor de la gente venida a más. Tiene un sonido enfático, como las palabras de la dueña de casa. La resonan-

cia agradable, llenadora, pero cursi, como esa sencillez exajerada del traje negro, que aprenden algunas señoras de "ocasión"...

Don Rafael se hacía conjeturas, de las misteriosas e innumerables averías, que sufría la campana de su Westminster. El relojero le aseguraba en todos los tonos y con el sincero reconocimiento de su mercancía, que después de compuesto, no tenía motivos para no dar la hora. Pero el hecho era, que el arreglo solo alcanzaba a durar hasta las doce de la noche, hora en que medio entre sueños, Don Rafael lo podía escuchar por última vez. A la mañana siguiente, volvía a empecinarse en su mutismo. El relojero, cogido como un pejerrey, entre la red de apóstrofes y los gritos de su cliente, no se atrevía decir, que la causa de las constantes descomposturas, se debía a una mano "sacrílega" o a un golpe brusco. Un día le cambió el reloj por otro re-



ción llegado. Aquello era preferible a los vituperios del burgués...

Pero el fenómeno volvió a repetirse con la puntualidad de siempre.

Al día siguiente, en la relojería Omega, había una especie de meeting, divertidísimo con los visajes y las amenazas que lanzaba Don Rafael.

El infeliz comerciante, se arrepentía de la mala ocurrencia que había tenido, al hacerse importador de los mágicos Westminster. Con los ojos empavonados por los lentes oscuros, tenía una cara de susto tan estúpida, que hacía estremecer de risa a los espectadores. En un rincón de la tienda, el reloj, transportado en un camión, con el péndulo inclinado a la izquierda, descansaba beatíficamente. Su misma impasibilidad, era la que excitaba en extremo al desventurado dueño.

Pero el honorable burgués, no cedió. Una

vez compuesto, lo hizo conducir a la casa, donde instalado en su dormitorio, lo vigilaba como a un reo político.

El reloj marchó magníficamente durante tres días, pero al cuarto, cuando salía del baño, cinco minutos antes de las diez, y se instalaba frente a su mueble medioeval, para escuchar las campanadas evocadoras de la neblina de Londres, y no las dió, casi sufre un ataque de apoplejía.

Embistió furiosamente contra el desgraciado, hasta dejarlo hecho una calamidad. Daba voces estentóreas:

—¡Adios relojes! ¡Al diablo bichos inmundos! ¡No hacen sino recordar que uno debe “fregarse” para no morir de hambre!

Fué el primer pensamiento antiburgués de toda su vida.

Barula pasó un día alegrísimo. Bastante trabajo le costaba, desarmar el reloj...

## EL VIERNES

Mamita Blanca, que rara vez salía a la calle, se sacaba el viernes la usual y gastada bata de casa, para ponerse un traje oscuro, que parecía tener el privilegio de no pasar de moda.

Era su único día de contacto, con ese mundo de afuera, tan nervioso y heterogéneo.

La salita de recibo, cerrada y con forros blancos en los muebles, durante la semana, se inundaba de sol, y hasta los florerillos del gusto de don Rafael, un "pèle-mèle" de porcelana confitada, lucían rosas del prado de mamita Blanca.

Don Rafael también tenía fijado este día, para sentar a su mesa, a una camarilla de horteras, agentes de negocios, y algunos

holgachones compatriotas brasileiros, con una simpatía tropical de afiche de cacao, y elefantíasis en los apellidos. Nombraban personas con su abombada dulcedumbre portuguesa: Conselheiro Duarte da Ponte Ribeiro, Fadrique Cavalheiro da Souza Mello...

Y eran agradables aquellos fachendeiros amigos de Chile, derretidos de flexibilidad mulata y finuras pomposas.

## LAS VISITAS.

Don Rafael, guareciéndose en el escritorio, cerrado a piedra y lodo, trabajaba hasta las ocho. Les tenía desconfianza, miedo quizá, a ciertos parientes empobrecidos de mamita Blanca, que venían el viernes de las visitas. Un día le gritó en una

disputa, que “todos tenían cara de mendigo”. Sufrió con la sola idea que fuesen a pedirle un préstamo de dinero. Aseguraba que le daban malos consejos en su contra, y sábado y domingo, se le antojaba que cualquier tono duro de su parte, era una muestra patente de rebeldía conyugal. Durante el resto de la semana, serenábase a fuerza de pullas hirientes.

Aquella tarde, como nunca, se habían congregado en la salita, la mayoría de los conocidos, de relaciones más o menos estrechas.

Barula vióse obligado a entrar en la tertulia soporífera, porque una señora tuvo la deplorable ocurrencia de llevar a su hijo mayor, con quien según ella: “Congeniaría mucho”. Se llamaba doña Leonor, y hablaba con todo el cuerpo.

—¿Qué me dice Ud. hija, de los sabidas que están las muchachas hoy día? Y citaba dos o tres casos patológicos, que se han

registrado desde el segundo día de la creación.

—Realmente, las fajas de goma son dañinas para la salud, y muy indecentes Blanquita. ¡Ah los tiempos del corset con barbas!

Barula recordaba los retratos de hace algunos años y aseguraba que las señoras parecían como enjaezadas...

—¡Y la actitud del Presidente en “eso” del matrimonio civil, muy bien! Pero no sabía por qué era muy bien. Posiblemente, su marido habría dado algunas opiniones “definitivas”, en la hora del almuerzo.

El hijo, con una dignidad de traje “sobre medida”, ardía en deseos que Barula lo tomara en cuenta. Era una especie de campeón del “cartón”. Cada año se sacaba once diplomas de mérito, y uno más, con filetes de oro, como testimonio de buena conducta...

Y no obstante, le hubiese servido para ahorrar tiempo, pagar los cien pesos que vale el título de licenciado, después del Kindergarten...

Era el caso sui generis del "siútico" (1) educado en un colegio aristocrático. Muy afanoso de no perder ya fuera de clases, a esos compañeros, que lo presentaban así:

—Juanito X... "un compañero de curso..."

Era comprensible su drama íntimo; se había habituado con ellos, algunos finos, agradables, de distinción innata. Pero en las listas de las fiestas o los paseos a que asistía en su junta, no aparecía jamás.

Con esto, doña Leonor sufría horriblemente...

Además, tenía el hábito invencible en los

---

(1) La palabra siútico, es una preparación químico-social de Don J. V. L. En 1896, el marsellés Paul Jivier, inventó un veneno corrosivo, para suicidarse con algo salido de su propia inteligencia...

de su ralea, de nombrar los dos apellidos si eran buenos, o el que valiera más. Juzgaba a los inferiores con una implacabilidad inusitada, marcaba las diferencias definitivamente, cosa rara, como no lo hacían sus compañeros aristocráticos.

La vida lo volverá al redil.

El día que salió en "La Nación", el retrato de la novia de un primo suyo, que no desertaba, se escondió en el fondo de la casa, para evitar las preguntas molestas...

Vestía como ellos, bastante correcto. (El hombre es el animal mimético por excelencia...). Su hermana, educada en la casa, a pesar de los múltiples consejos, conservaba las amigas cursis del barrio. A las siete se retiró dando cuenta exacta de los dos apellidos, del grupo de ocho amigos, con quienes "debía" reunirse en el Crillón.

Barula respiró.

Después habló Chichí, una muchacha con



dos años de matrimonio feliz, un niño con nombre de moda, e insignia del Club de la Unión.

Sabía intuitivamente lo que dice aquel faizán-genio, Wilde, en el Earnest. "Los únicos que hablan mal de la sociedad, son los que no pueden entrar a ella..." "La defendía a brazo partido, como dando a entender que una persona afiliada a toda la flor y nata, debía serle fiel. Educada en un liceo y casada despues con un hombre de gran situación, militaba en ese pleno snobismo santiaguino, que es seriamente ridículo.

—¿Blanca, que me dice Ud. de esto...? Barula debe conocer a los Dugan, unos muchachos bastante buenos mozos, que por supuesto, andan con lo mejor... Se fueron a meter a casa de las Perez, creyendo que daban un baile en grande y, resultó que siendo una reunión privada y como no llevaban invitación, aunque conocieran a muchos

de los invitados, Misia Ana Luisa, la mamá, los mandó a mudar con un sirviente, humillándolos ante todo el mundo. ¡Que atrocidad!

Mamita Blanca, ausente, aburrida, asentía con la cabeza, como dándole mucha importancia.

—¿Donde van a veranear este año?

—Siempre donde mismo...

—Como sufrirá Ud. Blanca, en ese peladero. ¿Por qué no convence a Rafael que los lleve a Viña? Es tan Europeo, tan chic, se divierte una a morir...

Mamita Blanca prefería aquel peladero, a ese Santiago transportado a la orilla del mar, con todo su enjambre de chismes.

Barula en cambio deseaba ir al puerto; allí hervía tanta vida distinta, tanta pasión, bajo su trama salina de luces y sombras empapadas.

Desde niño pasó los veraneos en un ca-

serío marino, con el nombre fastidioso de "Iloca". El hotel era empapelado con diarios y no había luz eléctrica ni retretes. Apenas podía saborear allí, el encanto salvaje y aplanador del mar. El hijo de un catalán amigo de su padre, que hablaba un castellano mascado, le melancolizaba las horas.

Fabricante de charadas, barloventeaba y ponderaba historias del Llobregat.

En Iloca, Barula obserbaba atento, como Don Rafael, torturado dentro de la zapatilla japonesa de su educación, en la ancha libertad de aquel pueblecito, tornaba a su ordinariez congénita.

No se afeitaba jamás, andaba desarreglado, hasta sin cuello.

Lo hacía pensar en aquellas plantas mejoradas por la selección artificial, que si las abandona la mano del horticultor, vuelven a su estado primitivo...

Seguía Chichí comentando el caso de los hermanos Dugan.

Eran dos ejemplos del brummelismo, como ascendiente social. Una capa en la estratificación de la buena sociedad.

Pasaban los minutos y la charla había ido a rematar en literatura.

Barula dispuso las orejas con un movimiento casi felino.

Las señoras nombraron a dos o tres talentos inéditos, discutieron sobre cierta dama, que por ser lirerata y ser fantástica, se la veneraba. Barula dijo que en realidad, tenía ella mucho corazón, pero que el genio lo tenía aún más oculto que el corazón...

Les bastaba que un personaje nombrara a tres autores, dudosos generalmente, hablara con un acento de Mahatma-ghandi, para consagrarlo y más aún, parangonearlo con los escritores más célebres.

Existe en este país, una manía de fetichismo individual.

Hay graciosos crismados porque hacen cosas de salvaje o le remedan a medio mundo. Y otros, a quienes los ha impuesto una "leyenda" popular, y gozan de la más abierta impunidad.

Es posible que esta necesidad de becerros, la hayan heredado nuestras generaciones, de los infinitos ?, entroncadores de casas.

La envidia se adiestra en esos "genios-pingüinos", ante el desdén de cualquier artista auténtico, que no se pasma frente a sus dogmas estéticos.

Don Enrique, un poeta casero muy "pompiér", hablaba del autor de "El Roto".

—Es una lástima que este novelista "tan distinguido", haya escrito libros tan groseros. Tenemos muchas otras cosas espirituales en que "inspirarnos".

Poseía el concepto "Quintanesco" de la "inspiración"...

—¡Muy aristocrático Joaquín, pero muy chabacano! Si ahora recién en *El Chileno en Madrid y Cap Polonio*, es un escritor decente. Salvando sus reventones nauseabundos, por supuesto...

Secuaz de nuestra paleontología—crítica, no alcanzaba a comprender la significación de una inteligencia, perforando la vida "real" de un pueblo único.

Se inflaba para proseguir en su guirigay de comentarios:

Es lamentable esta nueva pléyade de "renunciadores"... Hay a quienes les ha dado por quitar méritos aristocráticos a sus familias, deslustrar sus apellidos, rampar entre unas antojadizas tradiciones humildes...

Barula se explicaba claramente el caso de cualquiera de esos personajes: era el de un dios del dinero, que creado en la mitología popular, tomara verdadera vida un día y gritase a todas aquellas gentes en exceso

imaginativas: "Dejenme en paz, inventen otros dioses. Hay tantos que están olvidados en la oscuridad de sus billeteras. Uds. me han hecho surgir... ahora yo me re-creo, yo, y os desprecio..."

Un luzbel rebelde a su señor y creador...

Y acto seguido, ellos, los magníficos, lo condenan al infierno de su desprecio.

Lastimosamente, esa burguesía no los recibe como a hijos pródigos, al contrario, inventa escudos y los ventea en la puerta de calle, va al Crillon y se huela bajo los que hay pintados en sus vitrales: significan la prosapia del cock-tail, la heráldica del confort, es la nobleza al alcance de todos...

Una señora beata, toda de negro-verde, terció para pedirles que la ayudasen en una venta de entradas, para un concierto de caridad.

No usaba sombrero y se envolvía la cabeza diminuta, en un velo espeso, retazo de manto antiguo.

Hablaba de Fray Andresito y sus predicciones para el año 30. Parecía una ajente viajera de la otra vida. Acabó por meter pavor en el ánimo de las visitas. Necrológica, ascética por más necesidad que devoción, hacía recordar a ese personaje de Rilke, "que murió de su propia muerte".

Barula sonreía con sorna.

Obligadamente extranjero...

Su afán germinante de escritor, casi deseaba la muerte de muchos personajes, para echarlos a vivir en un libro...

Que prestancia tomaría en sus páginas, aquella señora doña Rosario, intransigente y santa, sentenciosa y cauta. Alma y estampa de un tiempo huído, perfil neto de Monvoisin.

Fisiológicamente antigua...

Halda baja, crujiente y pesada. Habla mesiámica, de santorial. Víctima de los tres Misterios...



Çama noblota, recetas de pastas capuchinas, zarcillos, piochas, pendientes y abalorios.

Tres patios de barro rojo y filudo guijarro. Cisterna y parrón. Esteras de la India y adornadas pastillas del Perú. Caobas.

Bodega harta, blanda y negra de humedad. Sobrinas qué tienen el alma de afuera...

Rezos en los entremeses, borbotear de teteras, bisbiseos nocturnos.

Dientes clavijas, manos pintonas, ojos de O. Una memoria cansadora, torturante por lúcida... Agridulce ensoñar con angelotes y trasgos.

Y bebe el chocolate espeso en jícaras de plata, que no en sutil porcelana de vajilla francesa...

Vitalidad de recuerdo...

Dulce, sabia, anodina.

Pertenece al antaño doña Rosario, y vive entre nosotros...

Y ese don Emanuel, con su fachada de cartón piedra, como un rey de nacimiento, resucitando a los personajes históricos más remotos y encarándose con ellos:

—¡El canalla del ministro tal! ¡La inmunda princesa cual!...

Aquel Don Jacinto Arana, con su vestimenta arrugada y una cara de pelotari asustado, que ha perdido la boina. Gran hurón de pergaminos e incunables, en plena república demócrata—progresista, hace un papel de cangrejo, caminando hacia atrás... ¡Ah la herencia vasca!

Y ese Bachiller Velez, arquetipo.

Crítico semi aborígen, semi high-life, de una revista para las niñas del Jeane D'Arc... Dando restrictos sobre Massis o Maritain, y comentando hasta los avisos económicos de los demás periódicos. Como Dios, en todas partes, Mesías de los five-o'clock-tea, es una caricatura del seco y her-

mético Paoul Souday... Desgraciado imitador de "cualquiera", encarna "*el triunfo del sentido común*" (1)

Sin la más rudimentaria imaginación, siempre de punta contra cualquier obra nacional, le venía este viejo proverbio latino: "Crimina qui cernunt aliorum, non sua cernunt." Hi sapiunt aliis, desitpiuntque sibi". Allí están aquellos que ven las faltas de otros y que no "pueden" discernir las propias. Tales hombres son sabios con los demás y tontos para si mismo.

Barula sabía que en Francia, esa maestra sutil de comprensión, ávida quintaesenciadora de la vida, hasta el hombre ridiculizado, sonreía más, según el ingenio de la broma... Pero que en su tierra, ¡solo se temía a la infamia del ridículo. Conocían únicamente, haciendo pocas salvedades, el sentido

---

(1) Calificación a Andrenio, por J. M. Salaverria.

rotesco de la caricatura deformadora, realizada en el dibujo farandulesco de personas, el comentario insólito de algunas revistas, o un discreto desaliñado.

A las ocho y media, todavía dos visitas, se empecinaban en aumentar el dolor de cabeza de mamita Blanca.

### EL ALMIRANTE.

Don Rafael se había ausentado algunos meses. Fué un viaje emprendido de la noche a la mañana, por asuntos exclusivamente comerciales.

La casa reposaba en calma, y Barula no recordaba haber pasado días más felices.

Aquel alejamiento del amo, fué como la tinaja de óleo, vaciada en agua embravecida...

Mas no obstante su ausencia, la pesantez de su dominio, quería hacerse sentir hasta en las correos.

Cuanto más le hubiese agradecido Barula, las descripciones de una enorme mariposa tropical o un sendal de bananeros, que esas postales con las usinás de Minas Geraes...

Y fué en esos dias precisamente, cuando empezaron a desfilár por el salón de mamita Blanca, un sinnúmero de personas, que él no conocía ni de nombre. La casa se había hecho propicia.

Venían primas y amigos, todos tan señores. No eran inteligentes y sin embargo cautivaban por una gracia de discreción. A uno, el viejo almirante lo quiso Barula en pocas horas.

En "1979", su heroismo iba a hacerse centenario. Andaba mucho a pie y siempre sin sombrero. Por el medio de la calle, era un

hombre neutral... Para hablarlo es necesario esquivar los vehículos.

Muy lógicas le parecían a Barula las manías del almirante. Después de haber estado a punto de naufragar con su buque, y haber sido un heroico prisionero, ya en libertad entre los suyos, no tenía por qué militar en la guerra inédita, de la vereda izquierda o la derecha...

Además, un sobreviviente del Pacífico, bien podía gastarse ciertas rarezas. ¡Se las gastan algunos "sobrevivientes" de tierra!...

## EL AÑO NUEVO.

Cinco minutos antes de las doce, corría Barula por la Alameda invadida de gente, para alcanzar el "cañonazo" en el cuarto de su madre.

Traía pegado en la nariz un deajo a po-

blada, castañeando en el oído el tañer de las cuecas borrachas, y muy adentro del espíritu, un poco de esa alegría criolla, con un indio llorando dentro de la vihuela...

—¿Por qué no te alegras, mamita?

—Un año menos, hijo...

—Para mí, otro más...

—Barula, se me ha olvidado entusiasmarme...

—¡Y estás tan linda, viejita!

## JUAN ALFONSO Y UNA NOCHE

La plazoleta de Santa Ana dormía al amparo de su parroquia. Un cielo nítido de primavera acercaba las estrellas, y el cuarto de luna, parodiando con la sombra, agigantaba las casas.

La fuente carcomida, el largo escaño de piedra y tres palmeras pequeñas, en la desolación, tomaban un valor absoluto. Con un contorno de edificios chatos, encajonada, parece de rodillas junto al corazón alto de la ciudad.

Un remanso de la colonia.

La calle de San Martín se estiraba con una pereza provinciana. Casi enfrentando la iglesia, la pensión de Luzmila Rojas, lucía su fachada cincuentenaria. Era un antro extra-



ño, de la precaria y aburrida bohemia santiaguina. Al sonar la una, Barula llamó a la puerta. Le abrió un muchacho pálido y gesticulador, quien lo guió hasta el cuarto del tercer patio. Por las rendijas de la puerta, se colaba una luz mugrosa y el humo de los cigarrillos.

Mientras quedara en la casa algún invitado que abriera de buena voluntad, se podía recibir hasta más de las cinco. Del dueño no debía esperarse la que menor atención. Despertaba a las siete de la tarde y se ponía a dibujar hasta las nueve. Decía que el sol era el amigo más indiscreto de las personas... La penumbra crepuscular le aligeraba el espíritu, y hasta lo hacía desenvolver cierta actividad, que nunca pasaba los límites de su alcoba.

Desde el patio, Barula percibió una animación estruendosa, y acto continuo de traspasar el umbral, se hizo un silencio de

muerte. Todo corrido, adivinaba una mueca de descontento en la cara de los invitados.

Juán Alfonso, enfundado en una camisa rusa, el pelo color de miel y mucho de galgo en las facciones, lo recibió con algazara.

—¡Al fin te portas por mi casa, ingrato! ¡Nunca vienes de noche! ¿Nos tienes horror, verdad?

Este—y mostraba a un poeta, muy Montparnasse—también me hace visitas de comadre, de siete a ocho...

En verdad, Barula prefería al Juan Alfonso de las siete, sólo y sensato, sin esa sobreexcitación, que cobraba encompañía de sus amigos.

La necesidad del anfitrión rubio, era manifiesta. Sin embargo, con un sentido de buen gusto, disponía en tal forma sus pobres adornos, que tomaban un valor de rusticidad intencional.

Observaba el cuarto, inverosimilmente estrecho, para contener tanta cosa y tanta gente.

El somier con patas, recubierto de una arpillera cruda y dos inmensos cojines vistosos, unas frazadas grises, dibujadas en azul con grecas aborígenes, dispuestas como tapices, dos mesas enanas (fatal invasión del duendismo ornamental) un estante de libros, el sofá colonial adquirido de ocasión, y sus cuadros en passe-partout, aumentaban esa impresión de que Juan Alfonso era un príncipe del Neva, obligado a habitar una isba humilde, después de la revolución...

A pesar del dominio que quería ejercer sobre sus modales, lo traicionaban. Era demasiado suave, no tan mujeril, como regalón. Hundido entre los cojines, se vagorizaba tras la luz tenue de la pantalla y la atmósfera cargada de humo. Tan luego hojeaba un libro, como clavaba en el vacío, el

estrabismo de su mirada. De súbito interrumpió todos los diálogos y preguntó celebrándose de antemano.

—¿Conocen Uds. un caso de pavo ingenioso?—y añadió—¡Oscar Wilde! Si, Wilde, el de Duglas y el girasol...

Le encantaba espantar, vivía de pequeños detalles...

Juan Alfonso, era uno de sus tantos amigos mayores. Su vida íntima aparecía envuelta en un misterio, pero Barula adivinaba que en el fondo, un drama congénito, era la causa de su carácter desconfiado.

El amigo pintor, constituía un raro complejo vital; rara mezcla de dulzura, sagacidad e intuición femeninas, con un ímpetu creador y fuerza varoniles.

Entre aquellos artistas no había diferencias de clase, movidos todos de un deseo confidencial, se aunaban olvidando muchos prejuicios.

A las cuatro de la madrugada, llamaron

a la puerta y apareció otro de los habitúes, quien, según le había relatado Juan Alfonso, era un teósofo cocainómano, un Raspútín de segundo orden. Venía acompañado de dos sujetos.

El más bajo, pelo de cuervo, nariz rabina y lentes. Servíanse de su audacia para capear las cuentas y subsanar el eterno déficit de la bohemia...

El otro, de una adolescencia demasiado desarrollada, mentalidad precoz y con una apostura insolente, estigmatizaba ya de cansancio.

Se paseaba el teósofo, pavoneando el vientre búdico, y al derrumbar en el sofá las caderas ensanchadas, empezó a abanicarse con estrépito. Manoteaba, como si siempre estuviera acariciando en el éter, el alma en transmigración de algún correli-gionario.

Con aquellos ojos desvaídos, obeso y una

morenez acharolada, su esoterismo resultaba terriblemente criollo.

Tenía las mejillas de un rosado amarilloso, como las de esas fotografías iluminadas al "gouache". Su caso era tan risible como el de una ventera de pascua, que se pusiese a disertar sobre Paul Valery. Se las daba de sutil, y tenía una verdadera manía por los apellidos y los muebles antiguos.

En su alud de gritos aflautados, envolvió el comentario del último escándalo social.

Se había charlado con locuacidad pero Juan Alfonso tuvo que intervenir varias veces, porque la susceptibilidad de más de uno de sus contertulios. se resentía por cualquier choque de palabras.

Notaba Barula el desarrollo, la opulencia intuitiva de los amigos, la digestión y adaptación personal de su cultura. Sabían combinar y transmutar los conceptos ajenos; aparecían casi interesantes...

El tema era tornadizo.

¡Escuchen!—exclamó René, con un ademán internacional—Oigan y analicen este criterio: ayer llegó mi hermana de Estados Unidos, y ya una amiga le preguntó, si en Nueva York no había una Plaza donde se paseara “la gente conocida...” Es inaudito.

En un rincón del sofá, Jean México (seudónimo) se excitaba hablando de Gabriela Mistral. La comparaba con la Mujer Fuerte del Evangelio, con Judith, con Esther... Toda la Biblia desfilaba por sus palabras: sal fuego, salmos, burritos y mujeres con cántaros de barro. ¡Ah!—seseaba—es bologenética, tierra, alma y glóbulos rojos. Sus versos pueden expresirse como un “gajo” de uvas, son partenogénesis...

Juan Alfonso preguntó ingenuamente:  
—¿Que es partenogénesis?

—Ignorante, significa fecundación propia...

Prosiguió Jean:

—Humana, de alto sentido "cristiano" pero muy retorcida...

Barula, nervioso, malhumorado, interrumpió:

—Estudiela, señor Jean, vuelva a estudiarla... ¡Que su retorcimiento tiene mucho de espiral!...

Jean Mexicó era uno de aquellos literatos-literatos, literariamente convencido.

Cambiaba la faz de los Continentes en la Librería Francesa, vivía en tres Antologías...y había publicado un libro "con portada oleográfica", intitulado: "Las abejas del Flirteo..." Una de esas personas, que cuando van a hablar, las palabras la levantan del asiento...

Marcel Vlora (seudónimo) dignándose dirigir la palabra, impuso a los visitantes de



ciertos sueños misteriosos, que tuvo por causa de haber cargado mucho el estómago, a la hora de la comida. Tenía la cara plana, inexpresiva. Barula quiso mirarlo de frente, pero sintió que su vista resvalaba...

«Sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything...»

Nunca ponía de acuerdo la voz con la mirada, empeñábase en mostrar una mentalidad rezagada, retardataria. Filosófica y literariamente, campea en cierto eclecticismo entre las escuelas de los siglos quince a diecinueve, en este límite, se ha forjado una muralla para darse de cabezazos... Niega la existencia del Más Allá; lo que para él viene a ser el Siglo XX...

“Asegura” la nada...

Cuillivet in arte sua credendum est... (1)

---

(1) Cada uno es digno de confianza en su oficio.

Desconoce todo arte actual. Sabe ser consecuente.

Juan Alfonso, con el libro de Proust en las manos, mirando su estante de libros, como iluminado, se levantó para alcanzar el tomo de Goethe.

Desde la orilla de los años, Goethe habla siempre "a tiempo". El libro, acostumbrado, se abrió en la página precisa. (Hay personas que se "abren" en una sola página...) Leyó:

—"Cada concepto nuevo, es un nuevo órgano que nace"

Y agregó:

—Marcel, tú eres lisiado...

Después, aproximándose a Barula, le habló de Gide en un tono especial. (Gide influye hasta en los acentos... Hay que olvidarlo... Mas sucede que después de un tiempo, olvidamos que le hemos olvidado...)

—Gide, consciente, organizado, vacía en cada libro una inquietud entrañada y distinta... Después, se aleja él tranquilo, buscándose en su siglo, buscándose en los siglos... Hoy es el ascetismo febril en la *Porte Étroite* y mañana el *Corydon*...

—Sí...

Barula, con una idea fija, oía sin oírlo. Al rato exclamó:

—Mi amigo Ismael, dice que Proust es el Cristóbal Colón del subconsciente..:

Juan Alfonso, “maravillado enfermo de Proust”, sonrió placentero:

—¡Quiero conocer a ese Ismael!

Media hora más tarde, la tertulia de Juan Alfonso, flotaba en un mar de esperanzas transcontinentales... Era una tienda de peregrinos... Sucursal de Marsella... de Kingston... del Cambodge...

Ya no se expresaban en ideas, hablaban con transatlánticos...

Barula reflexionaba sobre el "nomadismo" agudo de aquellos artistas.

Es la inquietud sudamericana que en ellos se hace imperativa. Este Chile, les parece una gran campana donde se ha muerto el aire. El prurito del viaje, los va royendo como una polilla, y cuando a veces en realidad pueden partir, ya no tiene resolución, se las ha comido la polilla...

En otros, la imaginación se excita demás y en unos pocos años, ha hecho cien viajes a priori, y saben o lo han visto todo...

¡Felices los que al fin parten sin lo que "fueron"!

Como suspiraban por ese Berlín de postguerra, maravillosamente aturdido... ¡Ir a París!.. Beberse hasta la estulticia la vida trafagosa y multisonora de los puertos.

Entonar allá muy lejos el salmo de David, libre al fin de los Filisteos, que lo han tenido preso en Geth, y que le dice a Dios (ellos a todo el mundo) del odio implaca-

ble de sus enemigos (del espíritu) y su sola esperanza en la bondad divina.

“Miserere mei Deus quoniam conculcavit me homo...”

Barula era artista y no obstante estaba conforme, feliz de plenitud. Para él, Europa no significaba un miraje torturador. La lejana posibilidad de un viaje, lo llenaba de júbilo, naturalmente, pero más organizado que ellos, no cometía el voluntario error de vivir esa posibilidad... Solo volviendo a su tierra después de vagar el mundo, vendrían ellos a conocerla y amarla.

Una transmisión radio-europeizante, los hacía desorbitados y falsos. Barula en cambio, se creía un Colón o un Marco Polo, hasta dentro de su cuarto...

El “buda” habiendo ingerido dos gramos de “nieve”, destapaba la botella de vino blanco que había traído consigo. Es el mejor antídoto contra ese veneno, que

hace ver el mundo color de rosa, lo ponía locuaz y desvergonzado.

Juan Alfonso se había dormido. El alba cercana traía un frío penetrante y el rostro de los invitados se demacraba.

Barula salió sin despedirse del dueño de casa, que debía estar soñando...

Afuera, aire al fin, el pecho se ensancha y quiere inspirarlo todo. Andar, andar, y en tanto aguardar adentro mientras el corazón se despliega.

El cielo lívido tiene una leve agitación está como un inmenso párpado cerrado, sin fuerzas para impedir la transparencia... Hay mil ruidos casi imperceptibles. Los gallos sueltan el canto, que es una lonja de sol.

Por una esquina aparece un grupo de borrachos trasnochados, incansables, van a seguir la fiesta con un desayuno en la Plaza de Abasto.

Curvado de fatiga, con el pecho oprimido, sentía aún la necesidad de pensar, de englobar el día en una definición... no, en una frase. Una frase como una casa, donde las ventanas no pudieran cerrarse nunca...

Todavía formulaba a media voz.

“De aquí a cinco días más, vendré a saber lo que “son” mis amigos”.

“...Una reunión de personas distintas, aumenta mi enfermedad de la introspección, me toca el espíritu, excita mi afán de poseer las vidas ajenas... Ya sé que los tengo dentro, pero en un estado gaseoso, como el principio del mundo... He de dormir sin poder escribir. ¿Y escribir?, descongestionarse... ¡Qué lástima, la calle solitaria! Las calles consuelan... todo lo tienen y no tienen nada...”

“¡Ah! ¡Ah! Un día entero con una preocupación semi inconsciente, que me hacía

dar la mitad de importancia a los acontecimientos; ahora me doy cuenta... ¡Esta mañana olvidé de ponerme la liga en un calcetín..!"

Oro, naranja y violeta a la orilla del cielo. El frescor pica en los ojos. ¡Que será un goce muy grande el de la cama blanda y las sábanas blancas!

Se duerme Barula con una sonrisa dulce y pacífica: es el recuerdo del buen amigo Ismael.

Sano de alma, íntegro.

Es casi un símbolo de espíritu como Oliverio Jeanin...

Con él se puede observar en silencio, y por él transcurren gratas las horas sin amor.

Todavía en el segundo sueño, la campana de la Veracruz, sigue llamando a misa...



ANDRÉS.

Pasó un mes después de la tertulia en casa de Juan Alfonso. Solo entonces pudo Barula enseñorearse en la personalidad de Andrés Steinman.

Padre judío, madre mestiza.

(Cuando los judíos no son atrevidos comerciantes u hombres cerebrales, son judíos...)

De pequeño su madre, lo prestaba a los amigos de la logia, vestido de encajes y terciopelo, como quien facilita un manguito. Creció así entre flanes, oraciones, patchulíes y besuqueos de israelitas.

Más tarde, en el colegio, con su voz de ocarina y aquella exajerada manera de ejecutarlo todo, hacía estremecer de burla a los estudiantes. Sin explicárselo, les chocabá la excesiva expresión de su rostro.

No sabía de nada, pero con tino singular, lo aclaraba todo...

Su hereditaria agudeza, torcida de rumbo y puesta en juego activo para lograr posición y prestigio de salones, había conseguido más de su fin.

(Nuestras posibilidades, son las ilusiones de los judíos...)

Sus elogios, sus pequeñas atenciones, su favor, sus defensas, entraban todos en un cálculo infinitesimal.

Aprendió a ser un hombre respetable, más aún, imprescindible.

El exceso de sutileza mental, contrastaba con sus modos fofos, y un moverse pando de Nabab o elefante blanco.

Hermosas corbatas, nariz como esmerilada, ausencia de gafas...

Cuando odiaba a alguien, aplicábale sus propios defectos; estimándolo, lo revestía de las cualidades que él hubiese deseado poseer.

Sinceramente falso, era enfermo del subconsciente...

Escuchaba a un mismo tiempo las voces de la verdad y la mentira. Con los años, ya no sabrá ni distinguirlas...

¡Oh Andrés Steinman, señor del mundo!

\* \*  
\*

Solo la muerte puede acabar con un destino *trabajado*, que se lleva a costas como una cruz.

## EL CULEBRA.

Borracho, de borracheras urbanas, políticas y fétidas. Suelto en un potrero, habría saltado como un fauno cuarentón...

Mataba el gusano con vino blanco, mataba la noche con vino negro.

Casado con una burguesa que parecía un pote de crema perfumada, tenía seis hijos, que bien hubiesen podido entrar en el Martirologio o ficharse en la Sección de Seguridad. Ni aún antes de su habitual estado comatoso, mostraba un destello de imaginación.

Una trama de venas infladas, sanguinaba su nariz de indio ciudadano.

Cobarde, de voz gangosa, se *dopaba* como las bestias.

Una calva procaz, le descubría el cráneo vinolento como un riñón. El vientre abultado y las caderas flojas. Lo llamaban el culebra.

Miedoso más que nadie, amenazaba sin embargo a todos sus amigos de cantina. Abría los ojos desorbitados y la boca color de borra, visajeando y dando voces. Pero no hacía nada...

¿No habeis visto esas indefensas culebras de gola, que pegadas en una hoja, fingen actitudes pavorosas, y dan coleadas contra sus enemigos, que si supieran que solo hacen teatro, se las devorarían furiosos?

\* \*  
\*

Y es la vida misma la que acaba con estos destinos...

\* \*  
\*

Barula conoce el contraste de estas dos existencias, y cree que como el vivir no es más que una armonización de diferenciales... ni él está demás...

## ALGO PARA RECORDAR...

Y aún no basta tener recuerdos. Hay que saberlos olvidar cuando son numerosos, y poseer la gran paciencia de esperar que vuelvan...

RAINER MARIA RILKE

¿Y qué sería de nosotros si los días rodaran en una pendiente, se soterraran en la nada para siempre? ¿De donde sacar la gracia amable, aunque a veces triste de lo que pasó?

Memoria, caja maravillosa de los recuerdos, quédate tú con nuestros días, y deja que el presente se haga ayer, porque así es mejor...

## BIENESTAR.

Habían llegado las primeras lluvias de otoño, y bajo el cielo ceniciento, eran más vivos el cobre o el amarillo débil de las hojas. Desde la primavera, habitaban una quinta en los alrededores. Barula pudo tener allí el amplio cuarto de trabajo, como él se lo soñaba. Una mesa grande para afincar los codos y ponerse a pensar, el sillón blando donde fumar horas de horas. Tres ventanas... ¡Así se cambia de paisaje al antojo!

Las divagaciones podían salir por la reja ancha, enredada de plumas, y extenderse con el campo hasta las faldas verdegosas de la cordillera... Más arriba, una transparente cintura de niebla...

Extensidad, horizontes, bienestar.

Un gemido de la vieja cancela y la esqui-

lita encrespando el silencio de la quinta... Aquel bulto de sombra, que con la lejanía no se sabe si es un árbol o cualquiera otra cosa. y que preocupa... Una breve meditación sobre ese olmo, despojado antes que los demás... El amigo perro, los amigos recuerdos. La luciérnaga de siempre, pestañeando donde mismo .. Las amigas ranas, tan indiscretas...

Las mismas comidas y no obstante son otras, por el comedor . . .

A las diez, en el hall bajo, donde se ha quedado el resurgimiento de olores crepusculares, junto al fogaril alto de la chimenea, no hay más que entregarse al buen libro. Y es entonces cuando más se echa de menos la pipa, olvidada en un cajón de la ciudad...

Los ruidos del campo llegan intermitentes, mientras la vista se alarga por la vastedad creciente de las páginas.



Y todo se le viene en un recuerdo, no es añoranza, la añoranza dice algo de más... Se instala, cambia el sentido de las cosas, y luego, al poco rato, va deshenebrándose como una madeja de seda...

#### LA MUERTE VECINA.

Desde la mañana tenían la muerte vecina. Había venido muy temprano, dulce, sigilosa. Apenas un lindero de bambúes la separaba de la casa de Barula. Es cierto que desde hacía meses, estaba tirando y tirando en la punta de las sábanas. La enferma sin habla, no podía decirle cuanto deseaba que se la llevara...

Para el marido viejecito, a las once del día, aún no salía el sol...

Los hijos jóvenes, en torno del lecho,

aparecían ausentes y fríos. Estaban meditando. Sabían la muerte más lejana que las estrellas, y sin embargo un miedo de morir, los hacía olvidarse del cadáver de su madre. Aislados en cada uno, ni recordaban su generosidad de haber entregado por ellos, casi media vida...

El viejo era un alegre conocido de la muerte. Tan cercana, la hallaba una buena amiga. Se gastaban ambos ciertas familiaridades: un día ella lo ponía en apuros, y los más, se le escapaba él por la primera esquina.

Al anochecer, mamita Blanca y Barula atravesaron a rezarle.

Todas las flores que quedaban en el jardín, yacían esparcidas sobre el féretro. Sabía el viejo que las había estado regando para ella, para ella también iban a morir. Barula quiso verla por el vidrio del cajón; al acercarse, el aroma fuerte de las flores

lo hizo toser. Conocía ese olor a mes de María, y también lo había sentido en la inauguración de la iglesita de Parais-Lemomial, pero en el seno de aquel perfume, adivinó algo, lo que él no quería que fuese de la muerte...

Nunca la temió. Gravemente enfermo durante meses, había logrado una visión tan clara de ella, que hasta llegó a comulgar con sus proposiciones de paz. Sano entonces y al verla en su vecina, se dió cuenta que ya la había perdido de vista casi en absoluto... Recordaba que cuando niño, en esa época fantasma de los miedos y de las sombras gigantes, muchas veces había creído hasta palparle el busto a media noche...

Por la ventana entornada, se colaba una brisa fría que hacía doblarse la llamita de los cirios. Barula se aproximó al alféizar para respirar.

Por la avenida, blanda de hojas deshechas, un carro cargado de pasto pasaba silencioso. El cielo, con una vaga luz azulada, como un presentimiento de luna. En el campo, junto a un deslinde, llamas altas teñían de rojo el ambiente. Ponían un poco de crepúsculo en la noche, algo de la tarde buena, que siempre nos está enseñando a morir con paciencia...

Volvió a la vera del ataud. El rostro seguía terso, cerúleo. Barula creyó divisarla una mañana, y le halló la cara agrietada como una tierra de labranza. La muerte con sus propios dedos se la había desarrugado. Joven otra vez, con el amén que alcanzó a completarle la última oración, hecho hielo, parecía atender a los complicados y eternos misterios dolorosos, de una llorona rigurosa y desconocida...

Llenos de silencio entraron los hijos, con ese activo silencio del cálculo...

En las puertas del sueño, sabía Barula que aquellas escenas, que no fueron escenas, ya se habían subido al andamio de sus recuerdos. Pensaba que Heine no creyó mal: "La muerte, remedio amargo, pero al menos el último"...

## PUERTO, PUERTA AL MAR.

Así, de repente, un ansia que lo ahogaba de andar en tren, y ver algo enteramente distinto a la ciudad aplanadora.

—¡Nos vamos!

—Por su puesto, sin avisarle a nadie. ¡Que bien sirven mis ahorros para un pasaje de tercera!

Barula mirando de hito en hito al compañero Gastón, exclamó:

—¿Ahorros, dices? ¿Es que aún existe

gente que ahorra? ¿No te das cuenta, cer-nícalo, que aquello significa esconder en una alcancía, las posibilidades de convertirse por instantes en rey del universo..?

Se es rico cuando se está feliz. Ahora seré yo quien pague.

---

A las ocho de la mañana, el tren en marcha. La telaraña de rieles se abre y cierra como con vida. En unos cuantos minutos, la arcada negra de la estación, parece escapar, hace el efecto de irse internando hacia el centro de la ciudad...

El trayecto se acorta, mientras alarga al imaginación...

Ciertamente, un vagón es arbitrario, ¿por qué? Una mesa con tres patas, también. El vecino de asiento tiene espalda, ¿por qué?

(El me observa, no lo he visto, lo siento en la nuca... Es inglés porque es rubio, ¿y qué? ¿Acaso no hay indígenas de ojos azu-

les? Es inglés porque yo quiero que sea inglés. Otra vez me mira. Alguien se sienta a su lado. Una mujer, sí... Debió ocurrírseme haberlo hecho cuando subí en la estación. El ya estaba en el carro.)

Un aviso gigante. Un andén.

Barula piensa: "Detárs debe estirarse un pueblo como todos nuestros pueblos chicos".

(¿Y él? ¡El! Puede que vuelva a subir. ¿Si estuviera fumando en la plataforma?)

Pasan los segundos, le parecen días. De nuevo siente en la nuca esa sensación de roce. Se vuelve hacia atrás: es un gordo de bigotes colorines.

(¡Cómo es posible que un hombre tan hermoso, se baje en una aldehuela como aquella! En fin, en el puerto hay muchos ingleses.)

Intermedio.

(Se duerme.)

Barula le ha adivinado el soliloquio. Durmiendo, le parece muy ajada, tiene en la cara esa expresión estúpida de todos los que duermen.

—En sueños—musitaba al oído de Gastón— yo he visto ingleses de pelo verde...

El tren sube, zigzaguea una cuesta. La locomotora no jadea, es eléctrica... Alguien anuncia la última estación.

De repente, en un cerro verde y mondo "Dunlop". ¿Qué es Dunlop? No tiene importancia. De los ruidos del trayecto, de las voces, de las visiones, Barula tiene un enredo de frutas, andenes, algo muy largo y confuso sobre una sociedad Oil Motor o Standard Oil, cocos y tortas con manjar... Todavía tras de la ventanilla, el retroceso de los postes y una extensión de terreno, girando...

¡El mar!



Gris de mar. Tiene el oleaje enredado en una malla de bruma. Una bandada de pájaros marinos sube, sube... Bien puede imaginarse Barula, que se han ido de pavo en el techo de algún vagón...

¡Valparaíso, como asustado de ser pequeño y tener una boca grande que le da tanta confianza al mar, arranca encaramándose por los cerros!

Lo recorre, se le amontona, se le complica. Es un puerto de mañanas tristes, deprimentes... Se pierde. Piensa que si viera pasar un tranvía porteño por su calle, solo le harían falta los marineros para tener un instante de Valparaíso... A pié van a un cerro. Desde la altura, los edificios aparecen como fumigados, tienen otra dimensión hecha de vaho...

El aire se masca.

Barula entregaría un año de vida, por averiguar donde están los paraderos de

aquel afán de apresuramiento que mueve a los habitantes, los boxes de donde salen... Después del medio día, el mar gris-azul, tiene una vibración lumínica. El sol se alza fustigando las olas.

Los amigos aguardan la noche. En la tarde fría, ya han tomado el mismo paso que las gentes del puerto...

Mañana, crepúsculo y noche, tres Valparaísos.

Se desaniman, bien comprenden que por la esquivez de tanto rincón complicado, de tanta alma complicada, en dos días habrán caminado apenas por el lomo del puerto. A la salida del muelle, Barula apuntaba: "Levedad romántica de los veleros, son blancos, son débiles... Por ellos me alegro cuando veo zarpar la panza desafiante de un transatlántico.

...Un yath, siempre se me figuró un salón que ha echado al agua una norteameri-

cana cursi. A lo lejos, esas boyas que sue-  
nan para avisar a los barcos, están como  
lapas tomando el sol. He estado a bordo,  
el vapor listo a zarpar. Subían el ancla, me  
la estaban despegando del corazón...”

Antes de comer, hablaron a los marine-  
ros. Son los amos.

Flexibles, listos, el mar los agranda...  
Vienen dos, tres, grupos, avanzan con un  
vaivén de embarcación. En las esquinas,  
tienen una aureola azul y blanca de trave-  
sía... Piernas abiertas y mano en la cadera,  
con una graciosa languidez de hamaca,  
hablan descocados, asegurando mil menti-  
ras verosímiles. Ladinos, trigueños de pe-  
lo desteñido por los soles, beben, cantan  
y bailan. ¡Qué no amen a una sola mujer,  
bueno, eso entra ya en la mitomanía!...

¡Los cadetes!

Cuando van fumando por la calle y los  
sorprende un superior, con la lengua escon-  
den el cigarrillo dentro de la boca. A distan-

cia, las gorras blancas parecen crestas de olas... Barula se entusiasma:

—¡Me encantaría ser marinero para que me baldearan en la cubierta!

De noche, en el mar cuajado como tinta azul, titilan las luces de la dársena. Hierve el barrio de los bares. Los cerros se agujerean de focos, y la aduana, manatiada de sombra, es un hangar de ratas fantasmas. El figón húmedo hiede a viandas y a bodega, los marineros vuelven del Depósito, bañados y frescos. Un mecánico de a bordo, con el over-all manchado de aceite y el jockey ladeado a la derecha, como si hubiera nacido de jockey, esconde un chop entre la mano enorme y callosa... Entra el *managuá* que habló con Barula en el muelle. Mañana parte, una mujer se le enreda como una alga. Parece enamorada... El la convence de algo... Volverá después de la carena... después de...

Y Barula recuerda los versos del corazón marineró, Brauquier:

Puisque la terre est si belle,  
Laisse moi la visiter,  
Je te serai plus fidèl  
Quand je serai satisfait.

Está mareado, en la tarima de los músicos, el piano se desteccla con un shimy pasado de moda. Junto al piano, una mujer de bufanda, hierática, saca del banjo más ruido que toda una orquesta hawaiana.

En la calle, las veredas son tan angostas, que se siente el hálito de los transeuntes... Y la noche del puerto, aún no termina en el hotel.

—A la sin ventura, Gastón...

—¡Un par de chalupas con sueño!

—¡Ca va!

Al ras del suelo, una boca iluminada.

¿Hasta donde desata sus peldaños, la escalera de este subterráneo?...

Barula explica:

—En un restoránt sumergido, D'Halmar comenzó sus viajes...

Apoyados en un muro negro de humedad, dos muchachos del pueblo. Les pidieron el dato de un alojamiento.

—No podemos darle razón, señor... Si fuéramos de aquí.

Qué elegancia bárbara mostraban en su abandono. Así, desaliñados, con el traje roto, tenían de línea y movimiento, una fuerza de armonía primordial. Acres, enjutos. Trasudados, como puede una planta soltar su resina... Ignorantes, maliciosos, con una candorosa perversidad. ¡Qué plástica más fiera puede tener una vida, inconsciente de que es dura, dulce porque es vida!

—Los veraneantes—murmuraba Barula— el ocio de carne y hueso. ¿Te dás cuenta,

Gastón? Valpo tiene en la superficie cierto olor, éhale tú a vivir en la entraña cien personas de afuera y lo transmutan... Ahora está con ictericia... Los de la ciudad, agotados, verdes, casi inermes, tienen una palidez dura... Valpo está pálido. A fin de mes, cuando se descongestione de esta plaga, va a encogerse como una ostra bajo el limón... Y son dañinos, amigo, no hay un hotel mediano donde pasar la noche.

Garuaba.

Las casas se amontonan. Los faroles desvalídos, en el asfalto brillante, inventan profundidades... A la izquierda pretende abrirse una calle, cinco pasos y un cerro sale al encuentro. Son sorpresas de Jerusalén...

Barula ya comprende esa cara de peripeicia de los nativos.

En la tarde, una luna exhibicionista empezaba a rielar mensajes de alta mar, se

escurrió de noche tras un convoy de  
nubes.

—¡Que hacer!

—Si vagamos durante la noche, de seguro que amanecemos en una vitrina del museo...

—Hay que alojarse aunque sea en un zaguán.

Por el medio de la calle, un par de grumetes con caras de colegial. Otra cantina. Se abren las puertas y sale una bocanada de música.

Dos mujeres sostienen a un marinero borracho. Lo miman, lo besuquean, cualquier día se les puede alejar por un año.

Barula vuelve a evocar los versos del Bar D'Escale:

Qui me font a moi la Chine,  
Tes cadeaux a ton retour,  
Si des escales marines,  
Tu ne raporte ton amour.



Casas, dédalos de casas. Una plancha de bronce espejeando a la luz de un farol.

### “FABRICA DE UNIFORMES”

Gastón escéptico, destruyendo toda autosugestión marineril, añade:

—FABRICA DE MARINEROS...

Y Barula exclama para si:

—¡Te oyera Cocteau!...

La vista se estira y vuelve atrás rápida como un elástico. Han descubierto el Hotel de la Marina. Cambian miradas de contento. Suben por una escala tortuosa y gritona. Los asalta el mas refinado de los malos olores. Barula adelanta una realidad:

—¿Tienes miedo a las chinches?

—El asco me quita el miedo.

—Aló... Aló...

—Pasen.

—Una pieza para dos.

—Imposible, inútil, el hotel está repleto...

—¿Señora, como no va a tener aunque sea una cama, un colchón en el suelo?

—Sabe... Pero ustedes... Pagando un poco más... Hay una pieza con tres camas... Si pueden... Pero... ¡Quince pesos!...

—Por supuesto.

—¿Vienen los dos solos?

Estaban extrañados. (¿Era que las camas del Hotel de la Marina, son de plaza doble, con derecho a compañía?)

—Evidente.

—Yo les decía porque si más tarde... Entonces sería un poco más caro...

—No se preocupe, venimos los dos solos.

Barula observaba a la rusa, desconfiada y celestinesca. Qué mugrosa historia de

sacrificios y tapaderas, tenía en la cara deslavada.

Vidrios empavonados. Un lavabo antiguo, tres catres de fierro y una toalla, impregnando el cuarto a desinfectante.

Ruido afuera. Los párpados no se sostienen... Una mariposa enloquecida... Palabras pegadas en el oído aún desvelan... La mariposa... Gastón ronca. Con el sueño, la noción del cuarto camina hacia la ciudad... Crac, crac... Un engaño de olores conocidos... Crac, crac...

Al fin, el primer sueño va bajando sus bambalinas... En la palmatoria, la mariposa se suicida de una vez.

.....

Albea tras de las ventanas. El mozo de turno camina para entrar en calor.

Golpes en la puerta.

Barula, despierto, sin poder conciliar el sueño, responde:

—¿Quién?

—Abra, ya le diré...

Salta de la cama y descorre el pestillo.

Un marinero.

Indignado, estremeciéndose de frío, gruñe:

—¿Qué desea?

—Le he dado una propina al mozo, de otra manera no me habría permitido pedirles autorización para dormir en esa cama desocupada. La dueña... Ya es muy tarde y el hotel está lleno... Perdóneme, señor...

Y con las manos nerviosas en el corbatín, se amoscaba tan simpáticamente, que Barula le contestó muy amable:

—Pase amigo y no se preocupe. Cuando se canse de dormir, nos telegrafía...

Una vez en cama, tapado hasta las narices, Barula lo atisbaba. Al sacarse por la cabeza la chomba empapada de llovizna, daba unos saltos elásticos, que lo divertían

hasta hacerlo reir fuerte. Quedaba la pechera blanca y los pantalones, tan anchos, que lo hacían verse como sin piés...

—¿Qué toma usted?

—¡Como!...

—Un trago, tiene que acompañarme...

—Cerveza...

Y trajeron la cerveza.

A las diez de la mañana, Barula recién volvía de Tahití. Estaba rendido, deslumbrado de viajar. Entre su lecho y el del marinero, la sombra se había convertido en maravilla. Pespuntaba paisajes, vaciaba la tierra... En las palabras del nuevo amigo, serpenteaban litorales, tenían mil cielos, el mundo hecho cinta...

Supo de la desolación y el frío que cala en la vigilia nocturna de una cofa. Se mareaba pensando solo en el *serviola*.

Unoo... doos .. La voz del deber, cantando...

Palabras de navegante, semillas de inquietud.

Aquellos puntos luminosos que veía palpar cuando apretaba los párpados, eran quizá los *ojos de buey* de algún barco, línea al infinito...

¡Tener que volver!

Bajo el colchón, el traje azul se remoza, deshace sus arrugas de viejo rueda mundos.

A Barula lo vence el sueño ..

.....

.....

Quillas, salvavidas, zonas, ojos azules de piloto ensartados en un collar...

.....

Serpentino, con una coquetería animal.

Rubio, pelo de Capstan, Alma de niño me-  
tido a grande.

.....

.....

Una mañana de hace veinte años, ni sa-  
be la madre que en sus canciones de cuna,  
vá el ir y venir del mar, que aquel ritmo  
de los brazos para que duerma su niño, se  
puede filtrar en secreto ..

Son fieros los hombres, la brega diaria  
les arista el alma. Y así más tarde, le cues-  
ta reconocer a su niño, porque el mar se  
lo ha vuelto a mecer...

Y ya es vasto...

Líquido de bondad, llano como el mar  
sin luna ..

.....

.....

Avanza el tren.

—¿Te acuerdas; Gastón? En la mañana de hoy, colgada de aquel amigo que nos enseñó que el puerto comienza en nuestras frentes; iba una mujer como encantada. ¡Qué perezoso abandono y qué avidez tenía en los ojos! Nosotros dignificamos al hombre de mar; se abasteció ella del hombre de mar.

Y hemos de continuar deshumanizándolos... Es un oficio en esta tierra nueva del Señor.

¡Hay algo más aburrido que una brújula! ¿Gastón, que es un sectante?

Gastón sigue el curso de sus divagaciones:

—¡Ah! buen Homero, viajante ciego, cantor de moda...

¡Andra moi ennepe musa polytropon hós mala pòlla! . .



## EL NOMBRE DE BARULA

¡Barula, y te llamas Mario!

\* \* \*

Un sobrenombre bien nutrido de personalidad, abandona a su ser, solo en la sepultura. En el mármol, reaparece el nombre primitivo, como los signos de un antiguo palimpsesto a la acción de ciertos ácidos... Es el último desencanto.

\* \* \*

Mario representa el nombre bruto. Barula es del destino, que suena raro, como el porvenir...

Aunque ambos le fueron impuestos con la fuerza que la naturaleza le adjudicó el sexo, la nariz aguileña o los ojos pardos, Barula tiene una virtud de conciencia y acción..

Barula no es un parásito de Mario, se ha hecho Mario.

## MAMITA BLANCA

—Hijo...

—Dí mamá...

—Vengo a pedirte...

—Manda.

—Tu padre acaba de recibir una invitación a casa de las Trejo y me dice que quiere ir contigo.

—¡Dios me libre!

—No te niegues, hijo, te lo suplico. Comprendo que tú... pero obedece. Lo hemos tenido tan tranquilo estos últimos días. Y te diré Barula, ya estaba cansada...

—Iré porque tú me lo pides. Si no supiera que te ahorro un disgusto...

Mamita Blanca había pasado el primer

tiempo de casada, en un doloroso y constante sobresaito. Cada molestia y cualquiera palabra dicha en un tono duro, le quedaban vibrando y royéndole adentro, por muchos días. De tan sensible, se le adivinaba una pena hasta en la inseguridad del paso.

El ama de Barula, que era un enorme corazón con polleras, decía a maravilla de mamita Blanca:

—Si la señora nació para *mirada*, como mi Señor de la Buena Esperanza, tras de su fanal...

Los años le fueron formando una caparazón, donde al fin tenían que rebotar los insultos. Sin embargo, dentro de su corazón, quedaba irreductible un contenido de amargura, que estaba dispuesto a vaciarse siempre por causa de Barula.

En ese estado de indolencia, hastío, y aquel acecho que se hace una segunda

persona en cualquiera madre, un miedo ineluctable; le trastornaba desde el origen; una palabra; toda decisión.

Don Rafael buscaba a Barula. Siempre empezaba a llamarlo en alta voz desde el extremo de la galería. Si adivinaba e iba donde estuviese, continuaba con los gritos hasta tenerlo a unos pocos pasos:

Entró al cuarto de mamita Blanca.

—¡Barulaaaa! ¡Barulaaaa!

—No grites, hijo; se me parte la cabeza...:

Don Rafael subió el tono y con su excitación característica, exclamó gangoso y casi inentendible:

—¡No he visto calamidad igual! ¡No has hecho en tu vida otra cosa que quejarte!

Dirigiéndose a Barula y asiéndolo del brazo brutalmente, salió de la pieza gritando, ridículo y torpe como un buey despiado.

—¡Dejemos en paz a esta víctima! ¡Y tú, con tanto arreglarte, has quedado peor! ¡Vamos hoy! ¡Mucho bien hace tu *pobre* madre, al tenerte respirando esta podredumbre de olor a eter!

El portazo consabido, y mamita Blanca segura que, dentro de aquel mutismo de Barula, surgía esa protesta aguda, que era su propio consuelo.

En el cuarto oscuro, la tarde no se había hecho sentir. Abrió las ventanas y tuvo una sensación de amanecer... Aspiró un solo perfume del patio apretujado de flores. Solo mamita Blanca aguzaba tanto el oído, hasta percibir en la entraña de aquel silencio, el ritmo de la casa...

¡Amor!

La asaltó esta palabra en la oscuridad. En un instante creyó volverse loca.

.....  
Encendió la lámpara en su mesa de co-

ser. Así inclinada sobre el tejido, tenía su actitud mansa y femenina, algo de obstinación eterna...

¡Si al final de la labor, una niña salida de sus manos, se le echara al cuello!...



Mamita Blanca había sido hermosa, con esa hermosura única y creciente de nuestras mujeres. A los cuarenta años, inspiraba lástima de ver como para su cara, habían pasado duplicados. El instinto femenino de conservación, todos los instintos de de mamita Blanca, se desflocaban bajo el dominio calcinante de don Rafael.

Día a día su languidecimiento la iba haciendo más transparente, y la trama azul de sus venas, parecía dibujada a flor de piel.

Era la vida de marido y mujer, dispuesta una frente a la otra, así como dos paisajes: el de la selva tropical, ubérrima y venenosa,

de una vegetalidad brutal, ante una región suave de nuestro Sur, excenta de malignidad, subyugante, majestuosa, pero con esa majestad de las cosas del espíritu...

Mamita Blanca en el hogar no era nadie y a sus palabras les estaba vedada toda autoridad.

Encerrada meses y meses en la casa sofocante de un cafetal, lejano de Río, le dolía en el alma y en el cuerpo, el recuerdo de sus montañas, y más aún, la necesidad de esa recóndita tibieza vital, que en su tierra integra la naturaleza y toda vida.

En los viajes meditaba frente a la amplitud del mar, y nunca supo, aunque su alma se desdoblara de serenidad, por qué estaba unida a aquél hombre.

Vivió el primer tiempo como en la realidad de una pesadilla, y se quemaba cual una falena desatentada, bajo aquellos labios ardorosamente sangrientos ..

Después de dos años, aún no había te-



nido un hijo, y eso que para el brasilerero, solo era una flor débil e incitante...

Muy al interior de su conciencia, anegada de terrores, experimentaba una rara alegría por su esterilidad. Era el temor de un hijo idéntico al padre, el miedo indecible, de dar su leche y apretar entre sus brazos, a un ser que la iba a desconocer...

Esto la reducía.

Y mamita Blanca cayó.

En Méjico conoció a un compatriota joven y se dejó seducir, simplemente. Aquello pareció no tener la delicia temeraria, de un adulterio. Fué un amor mínimo, necesario. Se buscaron los dos como para rememorar todo lo que les faltaba de su tierra lejana.

Mario nació en la Habana, y a don Rafael, advertido desde años de su imposibilidad... no le costó un gran esfuerzo arrancar aquella verdad, dulce y dilascerante, de labios de mamita Blanca.

Mas ella no pudo arrepentirse nunca. Donde quiera que fuese, se llevaría en la cara y el habla de su niño, la fuerza, el aliento templado y la luminosidad de su Chile.

Establecieron el hogar en Santiago, definitivamente.

Pero el silencio de don Rafael, la vida del hijo reconocido, le costaron en adelante momentos de tortura indecible. Toda aquella piedad desvirtuada, se la debía al pavor de la murmuración, del campanazo, a las conveniencias de su marido...

Hubiera preferido mil veces, publicarlo, luchar hasta libertar a su hijo de las manos de esa clase de cobarde, que lo apretaban con un encono vengativo.

No había día que no corriera a ocultarse en un rincón de su alcoba, libre de la humillante compasión de los sirvientes, que tantas veces la protegieron de los golpes ensañados de don Rafael.

Mario creció sin adaptarse al ambiente avasallador que emanaba la personalidad de su *padre*. Aunque mamita Blanca viviera como una sombra, tenía en la voz sus inflexiones, los ojos, era su hijo hasta en el modo de ver las cosas...

Pero el espíritu bursátil de don Rafael, se rebasó...

Desde que vió que el hijo espúreo era la admiración de sus maestros y alcanzaba la gracia decisiva de un carácter, cambió enteramente, le dió libertad, confianza, y como quién roba, se ufanaba a los cuatro vientos de ser el *padre* de aquél niño prodigio.

Sin embargo, Barula le guardaba recelos. Veía su falta absoluta de imaginación, en los menores detalles, el odio acerbo a su madre, y porque no se lo explicaba, crecía en él ese distanciamiento.

Había penetrado en sus cálculos y supo

que su incomprensión, hecha voluntad, le destinaba para él, un porvenir mercantil.

A menudo recordaba cómo las palabras *ganancia, tanto por ciento*, salían untuosas de sus labios.

Era el logrero y terrible hombre práctico. Se iba poniendo viejo, y los años, a la par que dejaban en su rostro atezado, un polvo de ceniza, perfeccionaban su mente especuladora.

## EL RETRATO

En toda la casa no había puesto un retrato de mamita Blanca.

Cierto día, Barula encontró en el subterráneo una tela sin marco y cubierta de polvo. Al limpiarla, apareció el rostro de su madre, joven y sonriente. Tuvo una felici-

dad sin freno. Nunca él la había visto así. Era otra persona...

El retrato estaba hecho en Méjico. Vestía un largo hipil blanco, y tras el busto, parecía esfumarse el cobalto de las pinceladas...

Sacándolo religiosamente, lo colocó en su cuarto de trabajo. El retrato de mamita Blanca estaba lleno de secretos, hablaba por una época fatalmente desconocida...

A los pocos días, tuvo que deshacerse de él. Por culpa de su hallazgo, lo embargó una mayor tristeza. Mamita Blanca ni siquiera había tenido un pasado feliz. Todos los tristes lo tuvieron...

Allí estaba su cara fina y llena de lozanía... ¡Por qué fué a descubrirle esa eterna sonrisa, asustada y doliente, como yéndose de la boca..!

## EL AMA

Buena.

El ama de Barula no debió llamarse más largo...

Ancha.

Crecía ese niño que en los inviernos se le pegaba al pecho tibio, sedoso como el vello de cabrita para rellenar la cuna de un hijo campesino. Crecía el niño, y para él no perdía ella sus intereses. de arbol de Pascua...

Lloraba por cualquier cosa. Toda desvelos, no se conformaba a olvidar tan luego, los cantos para adormir...

Cegatona. Andaba tan ligero, que el eco de los pasos se le oía al mucho rato...

Feliz, como un atado limpio de ropa blanca...

Le remedaba al loro, y había recogido en la calle, un cínico perro de aguas...

## ISMAEL

Ismael, sin aquella inquietante y complicadora minuciosidad de Juan Alfonso y sus amigos, es un descanso de Barula. Calma el mirarle la frente franca.

## EL MAESTRO.

Dentro de algunos años, este acontecimiento habrá tomado tanto cuerpo en la memoria de Barula, que se ha de venir destruyéndole otros recuerdos...

Ha de bajarle al corazón para mudarse en un sentimiento de consuelo...



Estaban en Junio y el invierno arreciaba. En el colegio, los compañeros externos traían al frío de los corredores, el calor de las estufas caseras, hecho sublevación... Los internos aclimatados, bien podían seguir con su mansedumbre de perritos sabios, y calentarse jugando a las topadas.

Había nevado toda la mañana. En una ciudad del centro, aquello es un escándalo. El patio, azul casi blanco, tomaba un prestigio de feria...

Y ya a las once del día, la mitad de los alumnos estaban castigados en el pasadizo, mientras no apareciera el escultor de ese *mono* tan parecido al Inspector General, cuyo birrete, olvidado en una sala, iba hundiéndose lentamente, a medida que se derretía la figura de nieve.

En la tarde, las clases sucediéronse como de costumbre, mas corría por todo el colegio, un efluvio de intranquilidad, de desorden.

—¡Oye, Paco, oye! ¿Sabes..?

—Habla, bajo idiota, después nos *cachan* y no te presentas, como siempre...

—¡Pues no te cuento nada!

El Inspector General, gran amigo de las sorpresas, la esencia de la intempestividad, los *vió y escuchó* desde su rincón estratégico.

—A ver, salgan de la fila. Los dos al medio.

En la seriedad de aquel lunes, eso significaba toda la tarde libre del sábado, puestos de plantón frente a su oficina. Paco avanzó cínicamente. Barula recordó los programas de la semana y puso la cara de las grandes perplejidades. En vano, el Inspector se marchó, dejándolo con su protesta en la punta de la boca.

Los cursos en fila aguardaban la llegada de los profesores. De súbito, se alzó un gran murmullo: eran cuchicheos, *burlas* con-

tenidas, una zarabanda de silbos y ruidos raros. Por fin, rompiendo la sordina del disimulo, salió una exclamación atrevida:

—¡La Gioconda!

Por el centro de la galería, venía un señor asido al brazo del Ministro. A su paso, las filas cercanas sumíanse en un desacostumbrado silencio. A primera vista, notábanse en el andar y los ademanes del acompañante del fraile, una distinción y finura extralimitadas.

Era un un nuevo profesor de literatura. Vestía como un modelo inglés, y su cabeza engominada, partida casi al medio, le destellaba como una laca.

Los muchachos le habían puesto la Gioconda. Aquel mote fué como el presagio de un sentenciado... Siempre junto al Ministro, llegó hasta el sitio del quinto año. Barula y Paco fuera del grupo, no podían disimular la risa. En el colegio se ríe uno hasta de si mismo.

Y habló el Ministro:

—Les presento al señor Ismael Ruiz; reemplazará al padre profesor de literatura, quien tiene para mucho tiempo de cama. Espero que sabrán comportarse como perfectos caballeritos.

Hizo una leve inclinación y se alejó dejando al señor al señor Ruiz, en *manos* del quinto año.

—¡Vendetta!— murmuraban los muchachos.— Ya nos *aguó* la fiesta, este *Lindor* ..

Desde hacía dos semanas, disfrutaban de la ansiada libertad para para una hora de desorden, mientras los demás compañeros, se mataban atendiendo frente al pizarrón.

Paco susurró al oído de Barula.

—Fíjate que este pobre señor Ruiz, esta Gioconda cretina, echó de la clase a mi hermano el del cuarto año, y como lo sorprendiera el Ministro, de quién según veo es el profesor regalón, lo ha ex-

pulsado por quince días. Ya se las verá conmigo, este *don Gomina*...

Barula le propuso algo que pudiese herirlo a fondo:

—¡Despéinalo!

La clase fué tragicómica. Se cambiaron de puesto, contestaron a la lista unos por otros, colgaron los mapas al revés, y hubo una batalla de tiza y pelotillas. Eran unos grandulones con nostalgias del kindergar-ter...

La actitud del señor Ruiz, aparecía como un milagro de paciencia. Hierático, inmutable como un Lord Mayor en ceremonia, dictó su clase sin interrumpirse, hasta que la campana libró a aquellos infelices estudiantes del romanticismo, de un largo comentario sobre ese don Antonio García Gutiérrez, autor de un atentado contra las letras, que lo apodan, El Trovador.

Después de grandes esfuerzos, Barula había logrado escamotearle el sombrero y

meterlo en su banco, hecho un ovillo.

El señor Ruiz, fingió no darse cuenta y salió sin proferir palabra. Los alumnos medio extrañados, medio divertidos, no sabían si callar o reír. Creyeron que iría a quejarse a la Dirección. Bajaron al pasadizo y con gran asombro, vieron al señor Ruiz que se despedía de otro profesor y aún más, salir sonriendo, mientras su cabeza de laca, decía a voces que no necesitaba sombrero...

El portero les refirió que en la calle había llamado un automóvil, el que tomó la dirección del centro.

Al día siguiente, volvió a clase luciendo un envidiable borsalino. Los amigos de Barula hacían sonrisitas socarronas y él mismo, fué el primero a quien llamó a dar la lección. No la supo. El señor Ruiz se la explicó de nuevo, amablemente pedagógico...

A la salida, llamándolo aparte le dijo:

—Haga el favor de llevarme el sombrero, voy tan cargado de libros. Le agradecería que me lo pasara a dejar a la Dirección.

Y el señor Ruiz desapareció.

Barula, con el sombrero en las manos, temblorosas como si sostuvieran una bomba, lo esperó cerca de una hora en el corredor. El señor Ruiz no llegó.

A la próxima clase, apareció con otro sombrero que el mismo Winston Churchill, no hubiese despreciado.

Terminada la hora, Barula se acercó a la tarima para devolverle el “sombrero” del día anterior. Entonces, los ojos del maestro elegante tomaron mucha luz.

—Mi querido alumno—le dijo—me devuelve usted un sombrero, y yo le confío a su cuidado...

A Barula se le saltaron las lágrimas...

## EN EL CASTIGO.

Tanta mella le había hecho el incidente del sombrero, que solo el señor Ruiz, ocupó sus pensamientos en el resto de la semana. Ardía en deseos de hacérsele grato... de ser su amigo. Un hombre que sabía literatura y sobre todo que era tan fino hasta para dar una reprimenda, debía ser su amigo. Le había hablado muy recóndito al espíritu. Barula lo necesitaba.

Llegó la tarde del sábado y tuvo que volver al colegio para cumplir el castigo del Inspector General.

A las dos, ya había varios compañeros de pié en el claustro, leyendo a hurtadillas la Cinelandia o un libro de Conan Doyle.

Estaba de un decidido mal humor. Pero a la hora de castigado, empezaba a divertirlo la resignación desfachatada de algunos asi-



duos a Siberia, como llamaban los arrestos de Sábado y Domingo.

Después se durmió parado. Ni más ni menos que un pollo.

No pasó mucho rato y una palmadita en el hombro, lo hizo recordar. Se volvió asustado. ¡Oh sorpresa!, el señor Ruiz, impecable como de costumbre, le sonreía muy cariñoso.

—¡Qué dice, amigo Barula!

—Aquí estamos, ¿y usted?

Pensaba: “¿Cómo sabe que me llaman Barula?”

—¿Hasta que hora tenía que cumplir el castigo?

—¿Por qué me dice, tenía...?

—Es que he pedido que lo libren.

Volvía a pensar: “Por qué tanta bondad.. ”

Y se atrevió a agregar en voz alta:

—En realidad es usted demasiado bueno

para conmigo, yo no le he dado sino motivos de rencor.

—No me dé explicaciones y vamos caminando juntos. Las penas se van con el aire...

Barula no salía del asombro, estaba confundido. En la calle oyó espantado lo que el señor Ruiz le decía, con un acento enteramente diverso al que le conoció hasta entonces.

—He sabido por el padre Ministro que usted escribe, y perdone si me entrometo en sus cosas privadas, supe también, que no es tan feliz como lo son sus otros compañeros... Además, me bastan para ser su amigo, las lágrimas del otro día...

Barula repuso conmovido:

—Verdaderamente, señor, todas las lecciones de caballeridad dadas de esa manera, llegan adentro, muy adentro.

Y así fué como el señor Ruiz, pasó a ser Ismael, el mejor amigo.

### EL BUEN DIA.

Sucedió uno de aquellos días en que no vale la pena averiguar por qué se está tan jovial

Desde que Barula abrió los ojos y vió ese polvillo del sol de Enero, haciéndole señas al través de las rendijas, pensó que mamita Blanca podía ser feliz. Que papá Rafael ya era generoso (le había dado algunas monedas después de la licenciatura...) Y que esa araña, nocturna excursionista del retrato del abuelo, en realidad no era tan molesta, como matarla sin consultárse-lo...

Acordóse de Simón, la mala sombra en

los años de colegial, y hasta llegó a encontrarlo simpático, con sus visages de mono-cónsul, resarciéndose de burla en los demás, ya que por su insustituible fealdad, después de mirarse en el espejo, el mismo se sacaba la lengua...

Era malo.

Con esa maldad falsa e inconsciente de los deformes. (Que bien es una forma de la misma *bondad* atormentada...)

—¡Poeta!—le gritaba, dándole un codazo.  
—¡Ays, pícaro!—y se alejaba dando unas torpes y enormes zancadas de bufón.

Era tuerto, y con la mayor simplicidad del mundo, metía el ojo de vidrio dentro del estuche, y se comía el maní con cáscara y todo...

## VICTORIA Y OSVALDA

Hay caídas que solo  
preparan una elevación...

Rubias, con toda la generosidad de dos frascos de agua oxigenada. Un enjambre de pecas en la nariz respingona. Coquetas, no, normales. Fresca la boca delgada. A millas la cabeza del corazón. Veintiseis años. ¡Quince en traje de verano!

Victoria se ocupaba en adiestrar a Barula. Osvalda no tenía alma de nurse.

Solo de recordar a la Trejo, esa novia presunta, que su padre se esforzaba en endozarle como un negocio cualquiera, Baru-

la sentía la piel con zarpullidos. Y siempre, cuando estaba malo y la fiebre le hervía en una pesadilla, en medio de dos gárgolas calosfrientes, entreveía su figura: maciza, las carnes prietas, los ojos chicos, color de maqui, el labio inferior pulposo, caído.

Victoria en cambio, sin aportarle dinero, más bien sacándole el que pudiese tener, satisfizo uno de sus grandes caprichos de mozalbeta.

Primo Miguel le decía:

Es prudente que la dejes. Mira que ya van tres mil pesos del arca de papá Rafael. Yo he sido el culpable y cuando llegue el momento de las cuentas, entre los dos no juntaremos ni diez.

Pero Barula se había acostumbrado. No hacía ánimo de perder aquellas noches que le dejaban una modorra tan dulce . . .

Victoria y Osvalda eran niñas de buena casa, y no por azares de fortuna u otras ra-

zones, se habían entregado de lleno a aquella vida. Desde pequeñas, sintieron reconditamente, que su instinto crecía como una flor de cardo, llena de vilanos.

Les pedía desde el interior en cien voces diferentes ..

Victoria y Osvalda estaban pobladas..

Un hombre, un marido por ejemplo, no habría dado abasto para acudir a tantos y tan distintos llamados.

Cierta educación, la delicadeza del ambiente familiar bien captados, las hacía prodigarse llenas de encanto. Sin estucos de cupletistas, ni trajes fantásticos, con una teatral ingenuidad, lograban ofrecerse púdicamente, como dos vírgenes sempiternas.

Habitaban un departamento pequeño, en cuya tibieza se hacía más sensible un olor a bombones y Jardín de Mon Curé. Sus rincones tenían la amabilidad de unos segundos dueños de casa.

Aquella noche, rendidas de bailar, con el alcohol disuelto y cabrilleando por todo el cuerpo, volvían a casa rodeadas de cinco muchachos. Barula era el menor.

El licor lo había agarrado por completo, decía incoherencias y pretendía besar a Victoria, para así amenguar en algo, ese ardor que despertaba el vino en su cuerpo adolescente.

Durante un mes, con un afán de niño inquieto, pretendió extraer de la vida, lo peor y lo mejor, hieles y mieles. Aquella intensidad morbosa, originaba esa precipitación voraz, solo comparable a la de un hombre a quien hubiesen condenado a morir en plena juventud, y dentro de un plazo fijado.

Así se le vendría la experiencia, a *destiempo*, con sus alegrías de saber y la pena de tener que desconfiar.

La fiesta continuó hasta la madrugada.



Habían llamado a otras amigas y ninguno se quedó sin pareja.

Borracho, con el cuello desabrochado, Barula se había tendido sobre las pieles del boudoire. Victoria frente al espejo, se daba rouge. Encendiendo después un cigarrillo, satisfecha, sentóse en un cojin cerca de él. Impasible, miraba subir el zig-zag del humo. Hacía recordar a uno de aquellos ídolos ávidos, que para apaciguarse, necesitaban sacrificios de niños bonitos...

Barula sentía calosfríos, una sensación de miedo y vergüenza... Cada vez que respiraba, le venía ese sabor dulce y picante del champagne. Acercándose, apoyó la cabeza en la falda de Victoria.

—¿Hay gingerail? Me arde el estómago.

—No hay.

Victoria comenzó una serie de bostezos. Después, reincorporándose, animada y graciosa, ahogó las palabras en una risotada, todavía argentina.

—¿No sabes monito..?

—El cuento de Aladino... De memoria, amor mío...

—Nada de Aladinos, es a propósito de ese evangelista con pantalones oxford. Desde que lo conocí, no ha hecho sino evadirse... Los demás chicos dicen que es un *poseur*, ridículo y pretencioso...

—¿Quién es él?

—Ismael Ruiz, te lo dije en la comida... Parece que ya estabas borracho...

—¡Ah!, sí...

—Vino la semana pasada y nos trajo un ramo de flores *inmaculadas*... Es buen mozo, no lo niego, pero tú comprendes que uno no vive solo de espiritualidades... Al fin y al cabo somos de carne y hueso... Tus amigos aseguran que han salido de fiesta con él pero que nunca se queda, porque afirma que *debe ir a misa*... No ha nacido la mujer que lo haga combustible. Además, es

muy aburrido y tiene unos terribles visos de confesor. ¡Pretender indagar en mi alma, Barula, te das cuenta..! Me cansó muy luego y como no sirvo para Magdalena, hice pasar a Erik, el del Banco Anglo, quien desde hacía rato me aguardaba en la sala. No cesaba el frailecito engominado de hablarme en parábolas... Por suerte se marchó antes del té...

Y continuó, fumando y mirándose las uñas encarnadas:

—Es un Redentor muy siglo veinte, y ¡vaya si tiene paciencia! volvió al día siguiente y nos besó dos veces como un angelito... ¡Divino! ¡Divino!

Mientras hablaba ella, Barula se había arreglado. Sin proferir palabra, salió del cuarto paso a paso.

Victoria le gritó extrañada:

—¡No te despidas! ¿Qué te ocurre..?

Le respondieron un portazo y los vidrios

de la mampara, tintineando largamente.

Se dijo:

—Es un bébe...

Y él repetía en la calle, castañeando los dientes de frío:

—...¡Vaya si tiene paciencia!..

## EL CONSUELO MEJOR.

Anduvo muchos días, desorientado, calenturiento, débil.

Sentía el corazón endurecido, inflexible...

Siempre en su madre había sofocado la menor pena, mas un temor falso, lo iba alejando de ella, inconscientemente... Tuvo otra noche de insomnio, pero con la mañana le vino un brío nuevo, al cual se aferró. Sin meditar siquiera, decidió visitar al amigo Ismael.

Ya en el zaguán de su casa, temblaba estúpidamente.

—¿Está Ismael?

Pasó.

El sirviente le hacía inclinaciones.

—Voy a avisarle, señor, un momento...

El vestíbulo oscuro era interminable, y aún en pleno día, tenía encendido dos ganchos de luces. Sentado en un inmenso sillal antiguo, se encontró tan pequeño, que estuvo a punto de llorar...

—Don Ismael dice que puede pasar a su escritorio.

Lo guió el mozo. En el trayecto encendió un farol, que resucitó en la oscuridad, muebles, cuadros, tapices...

—¡Como, Barula, tú aquí ..

Hablaba entrecortado:

—Y me vés

Notó que su amigo había enflaquecido, pero en la palidez mortal de la cara, brilla-

ban sus ojos, como si el relumbro de todos los objetos, convergiera en ellos. Y siempre miraban con la misma tristeza inextinguible...

Barula ya se había tragado las penas. Hablaron cosas banales.

Hubo instante en que sus miradas se encontraron. Barula murmuró ledamente:

—Yo sé que sufres ..

—Adivinas... Y sin embargo leo en tu cara un dolor más grande que el mío ..

—Pero no tan santo .. Venía a pedirte un consejo, amigo Ismael...

No pudo continuar... El maestro, contrayendo la boca dolorosamente, prorrumpió en un sollozo convulsivo.

Las lágrimas rodaron mucho rato por sus mejillas, ardorosas, aliviadoras.

Una vez serenado, con un ademán infantil, se reclinó en el hombro de Barula.

Así como el discípulo Juan, cuando el Maestro estaba triste...

Desde el corredor les llegó una voz clara.

—Ismael.. Ismael...

Ismael se incorporó diciendo:

—Es mi hermana María. Cierra con llave. No quiero que se enteren...

Y agregó en un tono más íntegro:

—Ayer debí marcharme al convento, pero cuando salía en la mañana para hacer la última visita a mis pobres, papá me salió al paso, para decirme en un tono furioso, que retractaba su permiso, mientras no llegase a la mayoría de edad... Es mi madre la que no se conforma. Aquí me tienes, esperando los veinticinco años.. Mañana ya habré espantado el llanto.

Barula se puso a decirle palabras de consuelo, hasta que el amigo Ismael acabó por sonreír.

Cuando volvió a su casa, mamita Blanca lo halló radiante...

Porque el mejor secreto para consolar-se, es saber consolar...

Confiamos en la grandeza de nuestro dolor. Un día vamos a abrir una confesión. Altas y fuertes, nos miran mínimos las penas de los demás... Hemos de volvernos con las pequeñas miserias, como nuestro corazón, pequeñas...



Y ESTO SUCEDIÓ EN EL  
CUMPLEAÑOS  
DE MAMITA BLANCA...

Letargo, pereza de Domingo. Un sol de Febrero, deteniendo, haciendo girar las horas. Es un contar de minutos, en eterna espera de la tarde igual...

Ocio, modorra.

Un viaje en torno del cuarto, porque sí ..

Afuera una calma hastiada, tirante el cielo de claror...

Los hilillos de la ducha fría, son un es-

pejismo que viene solo a realizarse en el sueño ..

Dormir, despertar... Todavía en el patio, la llave a medio cerrar, susurra y promete suavemente .. Y entonces, Barula encuentra que un vaso de horchata tiene un significado infinito ..

El crepúsculo llega tarde tras de la ventana. Surge cobrizo de la urdimbre de cables, tendida sobre la casa ..

En el fondo del jardín, un cacareo pretencioso. Rengueando se va el ama a recoger la postura de su gallina guacha. Conociéndole los pasos, sale Barula tras ella.

—¡Mamita! ¡Mamita!

—Déjame tranquila, la Eulogia me roba los huevos...

Se puso a seguirla, tirándola de las polleras.

—Me lo das mama, me lo das. Tengo un hambre de los diablos...

Fué un engaño. El ama volvió a meter el llavero y todas las cosas inútiles que sacó del bolsillo. para esconder de la Eulogia, el huevito caliente y cochino. Por lo demás, cacarear no significa poner ..

—Están taimadas, niño. Si no ponen mañana, habrá que ir a la plaza. Don Luis es un ratero. Más de un diez no valían los huevos en mis tiempos.

- Me muero de hambre, mama ..

—Glotón, flojo, te quedas dormido y ni sientes cuando te llevan el té. Allí lo tendrás, hecho un asco.

—Calientalo entonces y no seas avara. Ayer te robé del ropero, más de seis plátanos.

—Registrete, no puede una tener nada, sin que se lo saque, el mal criado.

—Lo mío es tuyo máma, lo tuyo es mío. ¿Por qué no estudias a Karl Marx?

—Ya con eso para que más... Son esos

*gringos* los que tienen revuelta la cabeza...

—¿Me quieres, vieja fea?

—No sé... no sé .. Déjame en paz...

Y Barula la atracaba contra la pared, abrazándola y deshaciéndole el moño, hasta que la obligaba a entregar la llave del ropero, y a decir que sin su niño no podía vivir...

—¿Fuiste donde tu madre?

—Sí, no quiere ella hablar con nadie. Estoy seguro que esa encerrona de anoche con papá, fué para algo desagradable.

—Es una crueldad, niño. Unos gritos alcancé a oírles desde el cuarto de la ropa...

—Creo que papá se ha olvidado hoy que es su cumpleaños.

—Ni un ramito le ha traído .. Va para malo esto, niño ..

—¿Donde vamos a parar, vieja?

El ama empezaba con sus hipos y atrayéndole contra el pecho, se ponía a besarlo en la cabeza, dislocada, mascullando entre dientes monosílabos ininteligibles.

—Va para poco, mama. ¿No te has dado cuenta que ya soy un hombre?

Dulce, dudosa el ama vieja, se lo quedaba contemplando. Si ella está convencida, que todavía Barula puede caber entre sus brazos . . .

En medio del jardín, la fuente pequeña, sonora. Bajo el agua, las migas para los pescaditos rojos, se ven más grandes. Ondeán ellos, recorren en redondo, infatigables. Están como asustados porque el cielo tiene sus mismos colores...

—Tráen la mala suerte—dice el ama— Lllaman a los chunchos. A que canta uno en el parrón, desde la primavera.— Y agregaba, segura, miedosa—Las palomas en las calles, en los cuartos, matan...

—¡El timbre!

—Cuando lo toca mamita Blanca, apenas se oye. Papá Rafael no suelta el dedo del botón, hasta que acuden...

—¿Cuánto tocaron, niño?

--Dos.

--Es a mí.

Volvió al rato, presurosa, voceando con su aire recadero.

--De adentro te llaman.

--¿Mamita Blanca?

--Ella, date prisa ..

--Voy. ¿No sabes para qué es?

--Anda, vé pronto ..

Un mal presentimiento le anudaba la garganta. Titubeó algunos instantes y corrió hasta el cuarto de mamita Blanca.

El ama, incada ante el Señor de la Buena Esperanza, inventaba plegarias, confundía los rezos usuales, prometiéndole al cielo sacrificios que no alcanzaría a cumplir. Tras el fanal, el Señor asentía con la mirada... El momento era tan sensible, tan transparente la atmósfera entre ella y la imagen, que pudo notar la señal casi imperceptible que le hacía la diestra del Cristo...

Un día, a la hora justa de la oración, el ama quiso sentir los pasos de Fray Andrés... y los sintió...

Declinaba la tarde.

Los recuerdos sedientos se avivaban con su refrigerio de paz... Fué una tarde como aquella, en que salió blandiendo la escoba para agitar las sombras pobladas de fantasmas, que se apiñaban en torno a la cuna de su niño desvelado...

Fué una tarde de hace muchos años...

En un rincón del cuarto, oscuro día y noche, mamita Blanca agazapada, trémula, no se atrevía a explicarle la causa de su llamado.

—¿Qué ocurre, madre? Explica, dí algo...

Habló como exhalando:

—Tu padre ha recibido un anónimo, y...

—¿Qué?

—Ese cobarde que no se atreve a firmar, le dice que no confíe tanto en tí... Que eres

un perdido y andas con mujeres, derrochando a costa de su propio dinero... Que visitas a un amigo pintor, y es un...

—¿Pero qué...?

—Es un...

Y mamita Blanca pronunció el insulto, que por horrendo no había estado jamás entre sus labios.

Barula apretaba los dientes hasta hacerlos crujir. No profirió una sola palabra de defensa...

Su madre, medio transtornada, alcanzó aún a decirle:

—Ese infeliz de tu primo, le ha dicho a Rafael que le obligabas a sacar dinero de la caja... Tenía miedo de quedarse sin pan... Hay que reponerlo aunque sean necesarias las mayores humillaciones... Debiste decírmelo, hijo.

—Estaba como loco, madre.

Ella siguió:



—Con esto tu padre ha estallado. Desde hacía tiempo te iba guardando rencor por tu desprecio para la Trejo...

Golpearon a la puerta.

—Adelante.

El escribiente se asomó cauteloso:

—Señora, don Rafael la necesita en el escritorio.

Y mamita Blanca salió despavorida, como un pájaro asediado...

Barula, inmóvil, quedó como petrificado en medio de la estancia. Sentía que el suelo se alejaba de sus pies... Clavadas las pupilas en la oscuridad, quería transpasar más allá de las murallas. Junto con la vista, había perdido toda sensación de tacto. Creyó en un derrumbe silencioso del contorno, y pensó que podía escapar por las brechas imaginarias...

Un rayo de luz filtrado en la ventana, adelgazó las tinieblas. Al verse las manos

y la silueta diseñada en el muro, sintió que el corazón le subía al pecho, como emergiendo de un abismo. Y el abandono cesó.

Sumido en el sillón de mamita Blanca, hacía esfuerzos por enhebrar una meditación. Corrían los minutos.

Olvido, quietud, vacío.

De súbito, un arranque ciego prendiéndole desde la entraña... El rayo de luz oblicuo, tiñe el cuarto de incertidumbre...

Algo pasa allá muy lejos... ¿Qué es?... ¿Qué?...

Pasos afuera. De repente, la lámpara del vestíbulo vacía su claridad por el tragaluz.

—¡Yo vivo! ¡Mamita Blanca!...

Y como si alguien invisible lo empujara, salió decidido. Se vino a detener en la puerta del escritorio. Estaba entornada. Alcanzó a divisar a papá Rafael en medio de la sala, con las manos amenazantes, los ojos inyectados de sangre, en una explosión de cólera.

Era un volcán humano, hirviente, destructor.

Aullaba:

—Tú tienes la culpa de todo. No has hecho en tu vida sino llevarlo atado a las polleras...

Jadeaba.

—...Ahí tienes el resultado .. La vergüenza de la casa .. De *mi* casa, no. La tuya sola...

Barula vió a mamita Blanca perdida en el sofá. En la pared, entre unos grabados de Uxmal, encontró su retrato. Allí estaba expuesto como el más fiel testimonio de la hipocresía de don Rafael.

En la repisa de la chimenea, el retrato de bodas ..

Mamita Blanca, levantándose, anduvo algunos pasos. Apoyada en el respaldo, se atrevió a desafiarlo con la mirada. Después, salió su voz trizada, valetudinaria.

—Rafael, hay que tener más corazón.

Esto alcanzó la pólvora.

—¡Más corazón! ¡Con ese crápula! ¡Degenerado se tiene que ser para tener amigos degenerados! Solo una mujerzuela como tú, puede perdonarlo.

—No hay caballero que se crea de anónimos ..

—Cállate, estúpida. He vivido y viajado lo suficiente para darme cuenta ahora de lo que sucede...

—¡Por Dios, Rafael!

—Además, contéstame: ¿por qué no responde al amor de Cármen Trejo? Prefiere los desperdicios de la calle... ¡Si es que no se ha dejado influenciar por ese!...

Y en mamita Blanca despertó una fuerza inverosímil en su debilidad.

Le cruzó el rostro con una bofetada.

—¡Canalla! ¡Infame!

Don Rafael la embistió gritando.

—¡Adúltera! ¡Adúltera!

—¡Señor! ¡Señor!...

—¡Te marcharás con tu hijo, con el hijo de ese! .. ¡Linda piara hacen los dos!

Barula, temblando salvajemente, entró en el escritorio. Se la arrebató de las manos, y con su madre desfallecida entre los brazos, gritaba desesperado:

—Bien yo lo sentía . No podía ser... no podía ser... ¡Y me alegro, me alegro infinitamente!...

El viejo no se atrevió a castigarlo, pero bramó como un energúmeno:

—¡Yo no soy padre de degenerados! ¡Estaría maldito!

Y Barula se acercó hasta rozarlo con el aliento.

—Tú si que eres villano, imperdonable. Si un hombre verdadero acepta una caída de su mujer, es porque su amor es más noble y más grande que el mismo mal. A tí te guiaba únicamente el temor al fracaso de tus pretensiones... No podías perderla, porque era más que tí, tenía un nombre

como un cebo para tu comercio... Y toda la bilis de tu silencio, la has vaciado en ella...

¡Por callar, tuviste que martirizar!... ¿Por qué no nos arrojaste a la calle el primer día? No tenías hijos tuyos. Solo aquello hubiese justificado en algo tu tiranía cobarde. Venero a mamita Blanca, a tí te odio. ¡Yo quiero conocer a mi padre! ¡Yo quiero conocer a mi padre!... El siquiera debe ser humano...

El rostro de don Rafael, transfigurado, feroz, se contrajo en un gesto horrendo.

Barula seguía como loco:

—¡Te odio, te desprecio!

Y cayó fulminado bajo el golpe brutal, que le asestó el viejo en la cabeza.

Creyéndolo muerto, don Rafael huyó despavorido.

Pasó una hora larga.

En la sala cerrada, la noche perforando

el silencio. Un rayo de luna pone pálida como la muerte la cara de mamita Blanca. En la esfera alba del reloj, siguen crucificándose las horas.

Barula va volviendo lentamente. Siente ganas de llorar, como después del cloroformo...

Llama:

—Mamita Blanca... mamita Blanca...

Pero exangüe, mamita Blanca aún no podía oírlo...

## POR FIN...

—¡Reposo! Dar la mano tranquilamente. Ser alguna vez el amigo de la paz. He sufrido tanto... Pero también es verdad que apaciguado después de la lucha, me *reconoceré* mejor...

Vamos dos...

Nos faltan fuerzas para olvidar; entonces nos replegamos en toda la ternura que de adentro no pudo sacarnos el dolor. Vemos el mundo. El mundo puede ser amable como un buen recuerdo...

Vamos dos...



## ERRATAS NOTABLES

DICE:	DEBE DECIR:	PÁGS
en sí	en si	29
po	por	29
—Volvió...	Volvió...	32
Semejaban	Semejaba	36
castañeando	castañeteando	65
ascetismo	antiheroísmo	77
ha hecho	han hecho	78
fidel	fidèle	103
restoránt	restorán	104
éhale	échale	105
desvalídos	desvaídos	105
inentendible	ininteligible	119
excenta	exenta	122
casi blanco	casi de blanco	131
visages	visajes	142
castañeando	castañeteando	150







